



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 14 — Madrid 15 de Mayo de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *El estilo latino-bizantino*, por D. Rodrigo Amador de los Ríos. — *Recepción del P. Mir en la Real Academia Española*, por D. M. Pérez Villamil. — *Las siervas de Jesús*, por D. José María de Lizana. — *Historia de plantas y flores*, por D. Teodoro Peña Fernández. — *Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — *¡Quiero divertirme!* por Mauricio Le Prevost. — Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del P. Miguel Mir. — En la biblioteca del convento. — Vista general del valle de Aranzazu.

praderas, abrasar las flores, calcinar la tierra, secar los arroyuelos y convertir los campos de esmeralda en doradas sábanas, donde ha de madurar el precioso grano que constituye el principal alimento del hombre.

Sabe que sus horas de juventud están contadas, y por eso vive de prisa y sin darse punto de reposo en sus expansiones de placer y en sus accesos de turbulenta alegría...

Buena ocasión, queridos lectores, para desparmar sobre este suelo de la *Decena*, en que se me permite cultivar algunas modestas hortalizas, unos cuantos puñados de hojarasca filosófica, estableciendo comparaciones entre las diversas fases de la vida del hombre y las distintas épocas del año...

Tranquílense ustedes, que no abrigó semejantes intenciones.

Si he hablado de la transformación que sufre la naturaleza en el mes de las flores, ha sido porque de alguna manera había de empezar este artículo, y no me ocurrió otra cosa más interesante ni más de actualidad.

LA DECENA

La época del año en que hemos entrado es una de las que elige la naturaleza para cambiar de traje. Y el traje que se viste la naturaleza en esta época del año es el más elegante, el más deslumbrador y el más pintoresco de cuantos guarda en sus magníficos vestuarios.

Ayer se nos ofrecía a la vista envuelta en un manto gris, cubierto el rostro bajo un velo de oscuras nubes y llorando a chaparrones, hasta conmovér y ablandar el seco corazón del Manzanares.

Hoy, despojada de su triste vestimenta y abandonando en el lodo los pesados chanclos para calzar ricas botinas de raso verde, viene a nosotros alegre y juguetona como la cervatilla que trisca por el prado; destellando la luz del sol en su mirada; entreabiertos los labios, cual un capullo de rosa, por plácida sonrisa; agitando el seno de jazmines por la velocidad de su carrera; teñidas del color de la amapola las mejillas; esparciendo flores a su paso; exhalando enervantes aromas, y derramando vida, juventud y lozanía.

Aceptemos sus dones con reconocimiento, y dejémosla consumir rápidamente su propia savia en fuerza de comunicarla a todo el organismo sobre que extiende sus dominios.

Sabe que su reinado será efímero, que el ardiente estío sigue sus pasos para destruir lo que ella vivifica, para agostar las



EMINENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON MIGUEL PAYÁ Y RICO,
Cardenal Arzobispo de la Iglesia primada de Toledo.

Ahora que ya he empezado, sea como quiera, a mover la pluma, me será más fácil desempeñar mi tarea, apoderándome de un concepto, de una frase o de una palabra de las que dejo escritas, para ir hilvanando, por asociación de ideas, los heterogéneos retazos del traje de arlequín con que me exhibo cada diez días a las cuchufletas del público...

¿Lo ven ustedes? Esto del traje de payaso se me ha venido a la imaginación al recordar lo del cambio de traje de la madre naturaleza. Y acto continuo se me ocurre también, a propósito de la transformación de que he hablado al principio, que no es solamente la naturaleza la que sufre esta evolución en la época presente, sino también las personas, las colectividades, las manifestaciones de la vida social, las costumbres y hasta los regímenes higiénico y dietético.

¡Los regímenes! Yo no sé si este plural es genuinamente académico, pero es muy poco eufónico.

Ea, ahora no se trata de divagaciones, sino de transformaciones; por consiguiente, vuelvo a mi costura.

Y no se figuren ustedes que, tratándose de asociación de ideas, esto de *costuras y transformaciones* sean cosas inconciliables. Al contrario, para hablar

de las segundas no puedo prescindir de hablar de las primeras.

La metamorfosis de la naturaleza física trae consigo la de la naturaleza social. Así como aquella lo primero que hizo, llegado el mes de Mayo, fué despojarse de su manto brumoso, así los hombres, siguiendo su ejemplo, empezaron por desembarazarse de las achocolatadas capas, oscuros paletots y asfixiantes tapabocas, y poco á poco fueron transformándose, bajo la mano vivificante del sastre (que aquí hace las veces de naturaleza), en flexibles, esbeltos y delgadísimos tallos, que así se parecen á los encapotados semovientes del otoño, como las coles á los espárragos ó como los amplios gabanes á las ceñidas americanas.

¡Qué cosas hacen los hombres y la naturaleza!

Pero, en cambio, ¡qué pródiga, qué ampulosa, qué soberbia se nos presenta la una, y qué estrecho, qué enjuto y qué escurridito sale el hombre por esas calles en el mes de Mayo!

Parece como si quisiera reivindicar su elevado título de rey de la creación, puesto en tela de juicio por los sectarios de Darwin, presentándose en la forma plástica que más le acerca á la del padre Adam en el Paraíso, salvos los respetos debidos á la decencia.

Ha resuelto el difícil problema de andar desnudo sin prescindir del sastre, acomodándose sobre el tejido cutáneo con que vino al mundo una segunda epidermis de paño, que se amolda estrechamente á su cuerpo y á sus miembros, denunciando á la pública curiosidad sus defectos ó sus bellezas de conformación.

Tal vez en esto se equivoca el hombre, como suele equivocarse el sastre en las medidas; porque la verdad es que, vestido al uso corriente, más se parece al mono que al progenitor de la especie humana. Ponedle al mono un sombrero ó quitádsele al hombre, y no podríais distinguir, á cierta distancia, al sér humano del sér cuadrumano.

Más aun: si los monos fuesen capaces de discurrir con tanta frivolidad como los hombres y se les antojase imitarlos en la indumentaria, más de cuatro pesados chascos nos darían en calles, paseos y reuniones.

Pero me voy alejando del objeto de mi artículo, que era el de marcar las transformaciones que la época actual del año determina en la vida social como en la vida física.

La primera que se ofrece á la vista es la que se opera en ciertos establecimientos públicos que, de la noche á la mañana, se transforman de crisálida-esterería en mariposa-horchatería.

Es por demás curiosa la evolución por que va pasando la horchatería desde el mes de Mayo al de Octubre para volver al estado de esterería.

Hoy es, como he dicho, la mariposa que revolotea entre los transeúntes para deslumbrarlos con sus frescos colores y sus vistosos giros. Pasado algún tiempo, la mariposa, que ha ido depositando sus huevecillos, se muere, precisamente cuando la gente se muere... de sed. Del huevecillo nace la oruga, que va royendo un día y otro día el bolsillo de los sedientos parroquianos; y cuando ha engordado lo suficiente, se fabrica en una sola noche su capullo de esteras, alfombras y alpargatas, y al calor de estos objetos espera la llegada del siguiente Mayo, para salir de nuevo metamorfoseada en mariposa, y así sucesivamente.

No menos brusca, pero más efímera que la anterior, es la transformación de los espectáculos públicos.

No hablemos de los que, contrariando las leyes de la naturaleza, echan sus flores y sus frutos en lo más crudo del invierno y se secan y mueren en la primavera.

El teatro Real es el primero de esta clase que, estando destinado exclusivamente á deleitar, por dinero, el oído con los trinos y gorjeos de los ruiseñores, enmudece tan pronto como los ruiseñores del Retiro y del Vivero empiezan á cantar *gratis et amore*.

El teatro de la Princesa, que durante el invierno ha conseguido producir, entre mucha hojarasca, algunas flores á fuerza de riego y esmerado cultivo, ha plantado unos retoños de ópera italiana, que aun no sabemos si darán jugo á la empresa.

La Alhambra es un huerto donde se dan todas las plantas conocidas, así exóticas como indígenas. A sus arriates se ha trasplantado, desde el jardín de la Comedia, la compañía lírica italiana, no mal di-

rigida por el maestro jardinero Tomba, pero que al fin y al cabo el espectáculo no pasa de opereta, los cantantes de regularcetes y las obras de medianejas.

En el parque de Jovellanos se hace un ensayo para transformar los álamos, lilas y almendros de la Zarzuela española en cocoteros y acacias del *vau-deville* francés.

La mayor parte de los artistas eran ya conocidos del público madrileño, que sigue aplaudiendo las obras y los autores, si bien echa de menos á Madame Judic, que era la mejor figura del cuadro.

La compañía francesa tiene mucho adelantado para alcanzar éxitos en Madrid: ella lo entiende y mucha parte del público no la entiende.

El teatro Español ha tomado semillas del de Novedades y cultiva los géneros que puede, pero con preferencia el neutro. Fuí noches pasadas á dar una vuelta por aquellos un día deleitosos y amenos sitios, hoy áridos senderos bajo la huella de la asendereada literatura dramática, y confieso que no eché de ver la transformación que acaba de sufrir el clásico coliseo. En la anterior temporada asistí á la representación de *La Almoneda del Diablo*, y esa noche me encontré de manos á boca con el mismo diablo, la misma almoneda y la misma falta de espectadores.

En el Circo de Price la mutación ha sido completa. La fusta ha expulsado á la batuta, los *clowns* á los actores, las amazonas á las tiples, los relinchos de los caballos á las inspiraciones de Offenbach.

Lo que no ha sufrido transformación ni alteración ni atenuación es el indiferentismo con que la raza canina recibe las amonestaciones y amenazas de la autoridad municipal.

Los perros, como las personas, han aprendido á calcular el número de kilómetros que median desde la publicación de los bandos hasta la aplicación de sus artículos, y pasean las calles como si el Ayuntamiento las hubiese empedrado exclusivamente para ellos.

Bien quisieran, para dar libre vado á sus instintos *mordaces*, hincar el diente en los actos administrativos de nuestros ediles; pero como éstos son invulnerables bajo tal punto de vista, los perros, por morder algo, muerden á los transeúntes, casi con tanto celo y perseverancia como el Ayuntamiento despliega en atender á los intereses de sus administrados.

La transformación del alumbrado por gas en alumbrado por cualquier otro procedimiento trae agitados á los industriales de esta Corte, que celebran juntas y reuniones para acordar lo que conviene hacer en el asunto.

Parece que han visto que el susodicho fluido resulta caro y la luz que produce resulta mala. Dicen que *lo han visto* y es preciso creerlo, pero no lo habrán visto á la luz del gas, porque ésta no da de sí para tanto.

En fin, hay cierta curiosidad por saber cuál será el resultado de tantas juntas y de discusiones tantas. Tal vez los comerciantes de Madrid han tomado al pie de la letra eso que se viene diciendo desde hace tantos años en periódicos, tribunas y ateneos, de que «de la discusión brota la luz», y por eso discuten tanto, esperando que el día ó la noche menos pensada brote esa luz buena, bonita y barata que se busca. Después de todo, la cosa no debe ser muy difícil en un siglo como el nuestro, que lleva por mote *siglo de las luces*.

Con harta justicia podríamos llamarle así, si nos encendiese con frecuencia *luminarias* como la que nos ha dado el último domingo en la calle de Valverde.

La recepción en la Academia Española del Padre Mir (y con citar á secas su nombre se ahorran todos los calificativos y se desvirtúan todos los elogios) ha sido el acontecimiento más interesante y el suceso de más bulto de esta decena, en que los ha habido de relativa importancia.

No voy á hablar de su discurso... ¿Quién soy yo para atreverme á tanto? Después de leído y saboreado, he sentido una ofuscación, una atonía, una especie de fuga de la inteligencia, que sólo puedo comparar á la sensación que se produce en el órgano de la vista después de empeñarse en arrostrar de frente la luz del sol: se fijan los ojos en cualquier otra parte, y se sigue viendo chispas, destellos y ráfagas luminosas, pero no pueden distinguirse los objetos que están cerca de nosotros.

La Academia Española honra á nuestra patria: el Padre Mir ha venido á honrar á la Academia Española.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



ODA la atención de Europa está fija en los lugares que han inmortalizado los poetas griegos: en el río Peneo, en cuyas riberas habitaban los centauros; en el Olimpo, Osa, Pelión, Eta y Pindo, famosas montañas; Tempe, valle entre el Olimpo y el Osa; Larisa, ex corte de Aquiles; Yolcos, patria de Jasón, en donde se fabricó la nave Argos; Lamia, sitio en el cual se trabó la batalla entre los atenienses y Antipatro; Heraclea, al pie del monte Eta, cerca de cuya ciudad murió Hércules; Antela, inmediata á las Termópilas, y el templo de Ceres, en donde se juntaba todos los años el Consejo de los Anfictiones, y Társalo, célebre por la victoria que allí obtuvo César contra Pompeyo. Todos estos famosos lugares parecen destinados á nueva celebridad por consecuencia de la cuestión de Oriente, que los ha elegido para teatro de sus tramas y de sus aventuras. Historiemos.

Presentada al Gobierno griego la nota amistosa de Francia pidiendo el desarme, el ministro Delyanis contestó galantemente con aplazamientos y evasivas; entonces las grandes potencias, no dándose por satisfechas, le presentaron un *ultimatum* y le enseñaron los dientes de sus formidables acorazados. El ya célebre Ministro contestó deplorando que su respuesta del 29 de Abril no se considerase suficiente á tranquilizar á Europa, y añadía que nada nuevo podía ni debía decir ante la amenaza de las potencias. Los embajadores, en vista de esta altiva contestación, hicieron sus maletas y se retiraron, anunciando que su nueva gestión en este asunto sería ordenar el bloqueo de los puertos griegos. El Ministro griego, al decir del telégrafo, ha dirigido una circular á los representantes de Grecia en el extranjero, exponiendo la verdadera situación de las cosas á consecuencia del bloqueo internacional.

«Esta situación, dice, pone á Grecia en estado de hostilidad contra las potencias y en estado de inferioridad respecto á Turquía, la cual conserva completa libertad en los movimientos por mar.» Expresa el temor de que Turquía aproveche las ventajas del bloqueo para atacar á Grecia.

El telégrafo añade que el Sr. Delyanis, en vista de la gravedad de las circunstancias, y para no cargar con la responsabilidad de los sucesos futuros, ha presentado la dimisión. Se indica para reemplazarle al Sr. Papamikalopoulo, quien decretará el desarme, á despecho de la opinión pública, que proclama la guerra.

Hasta aquí los hechos. ¿Quién puede explicarlos fácilmente? ¿Cómo se concibe que el pequeño y mal ordenado reino de Grecia se atreva á hacer frente á las grandes potencias de Europa reunidas contra él y desafíe las iras de los turcos, alentados por Europa para recobrar este reino desmembrado de sus dominios? Claro está que detrás de Grecia se halla alguna gran potencia. ¿Será Rusia? Tal es la opinión general; pero el embajador ruso ha firmado el *ultimatum* y se ha retirado de Atenas con los otros diplomáticos. ¿Qué significaría esta comedia, si efectivamente Rusia apoyara á los griegos? No es posible descifrar este enigma. ¿Estallará la guerra entre Turquía y Grecia? Tampoco puede calcularse.

La diplomacia europea ha planteado una charada cuya solución no puede adivinarse por ahora. El tiempo y los cañones nos darán la solución cuando esté madura y en disposición de comerse la manzana de la discordia. Esta manzana es el imperio turco.

Sobre la cuestión, más clara ya, de la pacificación de Prusia, leemos en un periódico de Berlín:

«El ministro de Cultos ha hecho saber al presidente de la Cámara de Diputados de Prusia que, por nota del 23 de Abril, el Gobierno había informado á Roma que estaba dispuesto á proceder á una revisión más lata de las leyes de Mayo, y que con gran satisfacción el Gobierno había recibido el 25 una nota del Cardenal Jacobini, en la que se dice que á fin de dar un nuevo y particular testimonio de confianza y buena voluntad, el Padre Santo autorizaba al Cardenal secretario de Estado para manifestar al citado Gobierno que deseaba que la notificación para el nombramiento de las parroquias vacantes comenzase desde ahora y sin pérdida de tiempo.

» El Cardenal manifiesta la esperanza de que el

Gobierno apreciará toda la importancia de la presente comunicación desde el punto de vista de las facilidades que ofrece para el restablecimiento de la paz religiosa."

Añadamos á esta noticia otra, si no tan confirmada, por lo menos gratísima para los católicos alemanes, como esperanza de futura restauración católica en su país. La da la *Gaceta Popular de Silesia* con fecha 30 de Abril último: dice que el canciller Bismarck ha declarado que no se opondrá al retorno de las Ordenes religiosas.

No puede sorprender á nadie esta noticia después de leer el discurso que el canciller ha pronunciado en el Landtag defendiendo el nuevo proyecto de ley político-religiosa: se ha expresado con una energía que revela su firme propósito de hacer paces con la Iglesia.

He aquí algunas de sus frases:

"Como ministro me debo preguntar constantemente: ¿qué puedo hacer en bien de la patria? Y en este momento nada puedo hacer en bien de la patria que tenga tanta importancia como recomendar encarecidamente la aprobación de este proyecto de ley. Sin duda los progresistas no se colocarán en el punto de vista en que me coloco yo, porque el hecho de la lucha político-religiosa daba un medio, casi diario, de oposición al Gobierno."

El príncipe de Bismarck rechaza como mal fundada la objeción que se le hace para votar el proyecto, de que esto sería deponer las armas sin haber obtenido lo que se pretendió obtener al tomarlas. "En este momento, dice, trato de realizar el pensamiento del Rey de levantar el templo de la paz en el terreno que nos queda, porque de las leyes de Mayo sólo queda un montón informe de ruinas. Si esta tentativa no diera resultado, que sí dará, los que sólo encuentran la salvación del Estado en una lucha incesante, estarán siempre en situación de darnos una nueva edición de las leyes de Mayo. Pero entonces, espero que ellas serán más políticas y menos jurídicas que las anteriores. Por esto pido á todos que haya la mayor unanimidad posible en la aceptación de este proyecto, sin gran discusión ni intervención de comisión alguna."

En efecto, el proyecto ha sido aprobado.

León XIII tiene que añadir un florón más á la corona de sus triunfos.

De otro podemos también dar cuenta á nuestros lectores: se refiere á las misiones católicas del Asia. Según dice *La Germania* de Berlín, las negociaciones entre la Santa Sede y el Gobierno de Portugal, relativas á la nueva disposición de las relaciones eclesiásticas en las Indias Orientales, han tenido el más satisfactorio resultado. La base del arreglo es la siguiente:

Portugal conservará en Hoa y en otros tres distritos, es decir, en Cochín, Combador y Mehapour, el derecho de protectorado. En otros cuatro distritos tendrá el derecho de presentación en la elección de los Obispos, y por tanto la autorización de desechar de la lista de los tres candidatos presentados por la propaganda los que menos gratos les sean. Con respecto á las demás diócesis, cede Portugal todos sus antiguos derechos. Es de notar que las misiones que antes habían sido fundadas por Hoa quedan bajo la jurisdicción de la misma ciudad que forma la Iglesia matriz, aun cuando aquéllas radiquen en la jurisdicción de otras diócesis. En otras misiones, donde en la actualidad se hallen sacerdotes de Hoa, no podrá su Obispo respectivo ordenar nuevos curas sin que los mismos sean antes presentados á la aceptación del Arzobispo de Hoa.

Como modificación de importancia es la que se refiere á la misión de Maduras, que, perteneciendo hasta ahora á los jesuitas franceses, queda en adelante bajo el protectorado de Portugal.

Por lo que pueda interesar más adelante á nuestros dominios en el extremo Oriente, daremos aquí cuenta del convenio ultimado entre Inglaterra y Alemania acerca de la línea de separación de la parte occidental del Océano Pacífico, donde se proponen ejercer su respectiva influencia estas dos grandes potencias.

Dicha línea parte de Whiterock, en la Nueva Guinea, corta las islas Salomón, y termina en el archipiélago Marshall, dejando á Alemania las islas de Bougainville, Choiseul é Isabel.

El convenio no toca á las islas de Samoa y Tonga, que se considerarán como terreno neutral.

Inglaterra y Alemania han firmado además otro convenio estableciendo la libertad de comercio entre ingleses y alemanes en el Océano Pacífico.

Ambas naciones se comprometen á abandonarse mutuamente todas las posesiones ó protectorados que ocupan ó ejerzan en aquella parte del mundo, fuera de los límites trazados en el convenio. Tam-

bién se comprometen á no hacer nuevas adquisiciones fuera de dicha demarcación, así como á no oponerse á la extensión de la influencia de la otra parte contratante.

Contraen también la obligación de no establecer colonias penitenciarias, y se declara que el convenio no se refiere á las colonias que tengan gobiernos organizados.

El mapa del mundo dentro de un siglo habrá cambiado casi radicalmente de su estado actual.

La situación de Francia sigue siendo verdaderamente espantosa.

En medio año se ha duplicado el censo electoral socialista de París. Hace, en efecto, seis meses los candidatos socialistas obtuvieron en la capital 25.000 votos, y ahora Ernesto Roche acaba de lograr en el mismo París 100.000 votos en números redondos; signifique aumento ó signifique mayor organización, ó signifique ambas cosas, el hecho no puede ser más alarmante.

Pero ¿qué se quiere que suceda cuando la persecución religiosa va en aumento? En este punto los hechos son abundantísimos: he aquí uno entre varios. El teniente alcalde de Lyon ha dirigido el siguiente oficio á los jueces de paz de la misma ciudad:

"Tengo el honor de poner en vuestro conocimiento que, en conformidad con el deseo terminantemente expresado del Ayuntamiento de Lyon en sesión de 23 de Febrero, deben desaparecer los emblemas religiosos que se encuentren todavía en los locales que la ciudad ha puesto á vuestra disposición.

"Doy instrucciones al arquitecto del Municipio para que se ponga de acuerdo con usted respecto á la ejecución de lo determinado."

De allí donde se echa á Dios, ¿qué ha de quedar más que las iras infernales ó, lo que es igual, los odios demagógicos?

La cuestión obrera, que no mejora en Europa, se agrava considerablemente en los Estados Unidos. He aquí los términos en que da cuenta el telégrafo de los sucesos de Chicago:

"El día 5 se reunieron en una plaza de esta ciudad 15.000 socialistas, pronunciando discursos incendiarios y profiriendo voces subversivas contra el orden social.

"Como la manifestación degeneró en verdadero motín, la policía intimó á los ciudadanos honrados á que se retiraran á sus casas.

"Los socialistas contestaron á esta intimación arrojando bombas de dinamita, cuyos estampidos sembraron el terror y el espanto en la ciudad.

"Cinco agentes de policía cayeron en el acto muertos, y un gran número de ellos heridos.

"Entonces la fuerza pública hizo varias descargas cerradas sobre la muchedumbre, consiguiendo dispersarla, quedando unos cincuenta alborotadores muertos y heridos."

Noticias posteriores dicen que se ha restablecido la calma; pero que saltan chispazos en otras provincias. ¿Quién no ve en estos sucesos la mano única de un poder universal?

Terminaremos esta crónica copiando algunos hermosos párrafos de la carta dirigida por los Prelados de los Estados Unidos á los de Australia con fecha 12 de Marzo último. Es una carta de felicitación por los progresos que hace la fe en la Australia, y después de encarecer los Obispos norte-americanos su satisfacción por tales triunfos, dice:

"El ejemplo que ofrecen el Cardenal-Arzobispo, el Arzobispo y los 16 Obispos que constituyen vuestra actual jerarquía, y la perspectiva de que aumenten las sedes sufragáneas y las metropolitanas, dan evidentes testimonios de vuestro celo y del éxito obtenido por vuestras labores apostólicas, al mismo tiempo que encierran una prenda segura del glorioso porvenir que os está reservado. Prueba inequívoca también de la infatigable abnegación del clero y de los seglares, sin cuya cooperación no se hubieran obtenido esos resultados.

"Nosotros podemos contar, con legítimo orgullo, las inmensas regiones conquistadas por el catolicismo de la lengua inglesa durante los tres siglos últimos. En el Concilio de Trento sólo hubo cuatro Obispos que hablaban nuestra lengua; en el del Vaticano tomaron parte 120, y en estos momentos son 160, que llegarán con seguridad á 200 antes de que termine el siglo. Además, los libros de doctrina y de devoción, tan raros en Inglaterra hace cincuenta años, se encuentran hoy en todo hogar católico. Nuestra hermosa lengua, que durante tres siglos ha servido con la palabra y la pluma para difundir por donde quiera tantos errores religiosos, ha llegado

á ser ahora, gracias á Dios, vehículo que lleva la fe á lejanos países, canal que trasmite á los hombres las bendiciones y los consuelos del Evangelio.

"¡Que Australia y América continúen con santa emulación extendiendo el reino de Dios! ¡Que los progresos de la verdadera fe se enlacen con los de la instrucción material! Consuelo y júbilo será para nosotros entonces el pensar en las luchas heroicas y victoriosas que los Obispos primitivos de los dos países que sembraron con lágrimas lo que nosotros cosechamos con alegría."

Así habla el amor; ¿quién, si no él, ha de salvar al mundo de los odios del infierno?

X.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Mayo de 1886.



A solemne imposición del Toisón de Oro al Emmo. Jacobini ha contribuido á estrechar más y más las amistosas relaciones de España con la Corte pontificia, pues, además de que la fiesta tuvo un verdadero carácter español, por haber asistido á ella la colonia española en masa, y, entre los Cardenales y Prelados, sólo los que ostentan alguna condecoración española ó tienen algún lazo especial con nuestra patria querida, Su Santidad aprovechó la ocasión para reiterar una vez más los sentimientos de paternal solicitud y benevolencia que abriga hacia nuestra Nación, consignando en el discurso que pronunció en contestación al del Cardenal Secretario de Estado, los deseos y votos que forma para la felicidad de los españoles. Como era de esperar, puesto que la concesión del Toisón de Oro fué consecuencia de la mediación pontificia en el asunto de las Carolinas, habló el Papa de la satisfacción que había tenido en facilitar la paz entre Alemania y nuestro país, insistiendo en lo conforme que es con la misión del Pontificado el oficio de mediador entre las naciones. Por otra parte, el Papa bendice al Señor de que su mediación en la cuestión de las Carolinas haya servido á suavizar un tanto el ánimo de otros adversarios suyos, llegando á mejorar considerablemente la suerte de los católicos, súbditos del Imperio alemán; efectivamente, la paz religiosa está ahora asegurada en Prusia, pudiéndose esperar sea pronto un hecho la revisión total de las malhadadas leyes de Mayo. El emperador Guillermo acompañó con carta, escrita toda de su puño y letra, el magnífico regalo á Su Santidad de que ya dije otra vez, y en ella confirma sus buenas disposiciones y las de su imperial gobierno para afianzar las buenas relaciones con la Corte pontificia; á pesar de esto, vuelvo á insistir en que no tienen visos de verdad los rumores respecto á envío de Nuncio en Berlín: creo, por lo contrario, que, aunque no con un carácter tan elevado como el de Nuncio, se establecerán realmente las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con el Imperio de China; Francia hace esfuerzos increíbles para impedirlo, lo que muestra que su protectorado de las misiones católicas no se inspiraba en ningún sentimiento religioso, y obedecía tan sólo á sus conveniencias políticas; pero la Congregación mixta de Cardenales pertenecientes á la de Propaganda y á la de Negocios eclesiásticos extraordinarios, parece haber indicado á Su Santidad que, en su sentir, ha llegado la hora de aprovechar las buenas disposiciones del Celeste Imperio para asegurar á las misiones un protectorado más verdadero y efectivo que el de Francia. Generalmente se cree que la Santa Sede no llevará á efecto tan importante resolución sin cuidar antes de no dejar desairado al Gobierno francés; pero bien se comprende lo que pueden durar y adónde van á parar los miramientos de prudencia de que en esta, como en ninguna ocasión, no quiere prescindir la Santa Sede.

El mismo Consistorio que se anuncia para el próximo día 7 de Junio, ha de calmar la irritación francesa, pues en él Su Santidad nombrará Cardenales á tres Arzobispos franceses, cediendo á las reiteradas instancias del Embajador que aquí tiene el Gobierno del Sr. Grevy. El telégrafo habrá ya comunicado también que al mismo tiempo serán promovidos al honor de la púrpura cardenalicia Mons. Gibbons, Arzobispo de Baltimore, Mons. Tacherau, Arzobispo de Québec, y Mons. Theodoli, que en la actualidad desempeña el cargo de Mayordomo de Su Santidad. Los periódicos venían indicando desde mucho tiempo que en este Consistorio recibirían el capelo los Sres. Nuncios de primera clase, y se adelantaban también con los nombres de los Prelados destinados á sucederles; pero ahora resulta que esos correspon-

sales tan diligentes, que la echaban de profetas, se han llevado chasco, justificando á la vez la prudencia de otros corresponsales que no dejan correr tan fácilmente la pluma cuando se trata de lo que haga ó diga el Papa. Por tenerlo de buen origen, no hay imprudencia en decir que ciertamente los Nuncios de París, Viena y Madrid serán creados Cardenales en el Consistorio que inmediatamente siga al del próximo Junio; pero, en cambio, ya no sería prudente asegurar, aunque muchos lo aseguren, que esto será en Septiembre próximo.

No se sabe todavía si los Cardenales de Valencia y de Sevilla vienen para recibir de Su Santidad el capelo cardenalicio el día 7 del mes próximo; se les ha pasado invitación, como á los de Viena y de Lisboa, que no habían cumplido tampoco con aquella formalidad; pero, aun sin ella, en su día podrían tomar parte en la elección del Pontífice.

Lo que, por lo contrario, ya se sabe, y llena de alegría á los españoles, es que en el próximo Consistorio tendrá España una parte principalísima, pues se piensa no bajen de quince los obispos españoles que en él se preconicen ó se trasladen. He oído hablar de la suma importancia que revestía la designación del sucesor del malogrado Sr. Martínez Izquierdo en esa nueva Silla de Madrid-Alcalá, y, por si no es atrevido comunicar mis impresiones, añadiré que aquí se espera recaiga el nombramiento en el actual Sr. Obispo de Avila. El jueves último se celebraron honras fúnebres en nuestra iglesia de Montserrat por el eterno descanso del primer Obispo de Madrid: además de la embajada y de la legación de España, de los Prelados españoles, de varias Academias é Institutos nacionales, asistieron también cuatro señores Cardenales, entre ellos el Secretario de Estado de Su Santidad, cuya presencia se ha interpretado como testimonio del sentimiento que ha experimentado el Padre Santo por el horroroso crimen cometido contra un Prelado cuyas virtudes y dotes de gobierno eran aquí muy conocidas y estimadas. Voy á concluir con otra buena noticia que acabo de saber en este instante: parece que la Reina Regente de España ha dirigido una carta autógrafa á Su Santidad rogándole se digne apadrinar en la pila bautismal al hijo que ha de dar á luz, y nuestro Santísimo Padre ha accedido desde luego á tan piadoso deseo, manifestando que en su día dará al Nuncio de Madrid especial encargo de representarle en el acto del bautizo. Probablemente la noticia ha corrido en Roma antes que en Madrid, pues ahí, para publicarla, debían esperar la contestación del Papa: sólo una cosa no saben aquí de fijo los que no han visto las cartas que han mediado entre el Papa y la Reina, y es: si Su Santidad apadrina al póstumo de D. Alfonso sólo en el caso de que sea varón, ó también si la Reina da á luz otra infanta; pero esto, en que hay dudas para mí, á estas horas no será ningún secreto para los vecinos de esa coronada villa.

J. M.

LOS GRABADOS

EMMO. SR. DR. D. MIGUEL PAYÁ Y RICO,
Cardenal Arzobispo de la Iglesia primada de Toledo.

Nació este ilustre Purpurado el 20 de Diciembre de 1811 en Benetama, provincia de Alicante, de una de las más nobles familias de la villa de Biar.

Su juventud se deslizó dulce y tranquila en las aulas de la Universidad de Valencia, donde, no terminados los estudios mayores, ejerció el magisterio con fruto copioso, que no olvidan sus discípulos. Hablar de sus lecciones, de sus estudios, de su amor al trabajo, de su incansable laboriosidad, sería exceder los límites de una nota biográfica. La juventud de los ilustres Prelados suele, por otra parte, dar pocos recursos á la curiosidad novelesca de los hombres profanos.

El Sr. Payá se ordenó en 1836; fué nombrado beneficiado de Valencia en 1844, y lectoral, previa brillante oposición, en 1857. Vivos están sus ejemplos de virtud y saber, su apostolado en el púlpito y en las cátedras, para que nosotros los exponamos aquí con pluma incompetente y ligera.

Por sus grandes merecimientos fué nombrado Obispo de Cuenca en 1858, siendo en aquella diócesis dechado de Prelados y padre de los necesitados y de los pobres. Ejerciendo este cargo puso su nombre y gloria á envidiable altura, resumiendo en un discurso la grave discusión del Concilio sobre el dogma de la Infalibilidad pontificia.

En 1871 fué elegido senador, pronunciando en la Alta Cámara discursos notabilísimos por la fuerza de su lógica y la nobleza y galanura de sus elocuentes frases. El año de 1875 fué elevado á la Silla de Santiago y honrado con el capelo cardenalicio en 12 de Marzo de 1877.

De sus trabajos en la Basílica Compostelana y del feliz hallazgo de las reliquias del Santo Apóstol saben nuestros lectores cuanto hay que saber. Como recompensa de tantos merecimientos ha sido elevado á la Silla de Toledo, Primada de las Españas.

A pesar de su edad avanzada, conserva la energía de sus buenos tiempos, y es incansable en el desempeño de su ministerio apostólico. Consérvele Dios la vida largo tiempo para que deje en la Silla de Toledo recuerdos dignos de su nombre.

EN LA BIBLIOTECA DEL CONVENTO.

Cuadro de Hever y Kirmse.

En este precioso cuadro pónese á la vista la actividad de los religiosos en el orden científico y literario. Sabido es que en algunas Ordenes se prescriben trabajos agrícolas y aun fabriles, y que en casi todos ocupa lugar importantísimo el ejercicio de los ministerios sacerdotales.

Varios religiosos se ocupan en la biblioteca del convento en sus tareas favoritas; quién compulsa antiguos códices, quién examina estampas, quién medita sobre lo que está leyendo, mientras espacia su vista por el campo, y otros se asocian á distintas tareas, cooperando con su juicio al de los más competentes y doctos. Esta era la tan pregonada ociosidad de los frailes...

¡Qué horrible injusticia! Cuando sin el trabajo de los frailes, tan calumniados, ni las ciencias ni las artes hubieran llegado á la altura en que se han visto en diferentes tiempos, porque ellos fueron los conservadores del saber antiguo, que, al calor del estudio, formó las nuevas ciencias y disciplinas de la cultura moderna. Y es observación muy comprobada; allí donde se establece un convento de frailes renace el amor al trabajo si está amortiguado, ó se robustece más y más si se halla cultivado. Y es que nada enseña como el ejemplo, y los frailes son ejemplo vivo de abnegación y de trabajo. El fraile realiza el más alto problema de la ciencia económica: producir mucho y gastar poco; de ahí esos monumentos artísticos que nos han dejado como la expresión y el fruto de sus ahorros. Las artes se alimentan del capital sobrante, pues ningún pobre puede comprar cuadros ni levantar palacios; por esto los frailes de los siglos medios pudieron, gracias á sus ahorros, poblar á Europa de monumentos insígnies que son hoy aún la admiración de los artistas y la desesperación de los economistas modernos.

VISTA GENERAL DEL VALLE DE ARANZAZU,

donde ha de celebrarse este verano la solemne coronación de la Virgen del mismo nombre.

El valle de Aranzazu se halla situado al pie del monte Aloña, prolongación del llamado de Aitzgorri, que lo es á su vez de la cordillera pirenaica que separa á Guipúzcoa de Alava. Perteneció á la jurisdicción de la noble y leal villa de Oñate. Aquí fué donde se apareció Nuestra Señora al pastor Rodrigo Balzategui en la segunda mitad del siglo xv, y donde la piedad erigió un santuario que tras largas vicisitudes, convertido en monasterio, incendiado varias veces, se está restaurando en nuestros días por los frailes franciscanos que han restablecido el convento desde el año de 1878. En LA ILUSTRACIÓN de Julio de 1879 se publicó un largo artículo acerca de la historia de este santuario por D. Julián de Pastor, cronista de tan insigne monumento de la piedad vascongada. Cuando se celebren las fiestas de la coronación, ampliaremos estas noticias, valiéndonos del precioso libro de tan erudito escritor.

Por hoy la abundancia de original nos impide ser más extensos, sirviendo sólo estos datos de anuncio de las fiestas que se preparan.

EL ESTILO LATINO-BIZANTINO

CARTAS AL SR. D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

CARTA PRIMERA.



ESTIMADO AMIGO Y COMPAÑERO: Invítame usted con su habitual galantería á que tome parte en la meritoria empresa de contribuir con mis pobres fuerzas desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que dirige, á salvar del injusto olvido en que yacen, por desventura, muchos de los monumentos arquitectónicos que aun subsisten en nuestra patria y proclaman la tan contradicha cultura de los tiempos medios; y agradeciendo á usted sobre modo lo cortés de la invitación, como quiera que ésta lisonjea mis predilectas aficiones; como quiera que desde mis primeros años vengo habituado á los fructuosos esfuerzos con que mi señor Padre se consagró á igual tarea, y como que á la misma me he dedicado desde las páginas del *Museo Español de Antigüedades* desde las de los *Monumentos Arquitectónicos de España*, desde las de la *Revista de España* y desde las columnas de algunas otras publicaciones, — de aquí, mi buen amigo, que acepte gustosísimo el ofrecimiento, y que, para dar comienzo á mi propósito de corresponder á su demanda, crea lo más conveniente, ya que del *Arte cristiano* ha de tratarse con toda preferencia, exponer, en primer término, el concepto que yo estimo verdadero y exacto de aquella manifestación especial del referido *Arte*, la cual aparece en nuestra patria bajo la dominación de los visigodos, y ha recibido, con unánime aplauso de los doctos, nombre de *estilo latino-bizantino*. Muéveme á tal determinación dos razones prin-

cipales: es la primera, la de difundir conocimientos y noticias que hasta ahora han sido patrimonio sólo de los entendidos, por cuya causa los escritores que viven apartados de las especulaciones arqueológicas suelen incurrir en lamentables errores; y la segunda, la de cumplir con la que yo estimo sagrada obligación de defender las doctrinas que recibí de mi señor Padre, y son por lo común seguidas dentro y fuera de España, pero que, cual ha ocurrido con el *estilo mudejár*, por él con tanto acierto clasificado y definido, son desde su muerte contradichas entre nosotros de soslayo, circunstancia que, cual usted comprenderá, me coloca en el caso de salir á la palestra como en demanda de jactancia, por lo mismo que fué, en ocasión bien notable, mi referido señor Padre, quien, en contra de la opinión del entendido Mr. de Lasteyrie, demostró la existencia en nuestra Península, durante los días del Imperio visigodo, de una cultura propia, la cual, por mostrarse inspirada en las tradiciones del arte latino é influida por las del bizantino importadas á nuestra patria desde los tiempos de Atanagildo por los griegos imperiales, mereció en justicia el título con que hoy se designa en la arqueología española el *estilo* que es expresiva manifestación del consorcio verificado entre las unas y las otras tradiciones, según evidencian los restos monumentales que el acaso descubre entre nosotros.

Y á la verdad, mi estimado compañero, que no dejaré usted de extrañar conmigo el prurito innovador que parece haberse apoderado de algunos de nuestros arqueólogos, cuya conducta para mí se hace de todo punto incomprensible: soy de aquellos que creen y tienen fe en la ley del progreso, y á quienes, por tanto, no sorprenden los yerros ajenos, no sólo por que sólo expuestos á error que son siempre esta clase de estudios, sino porque los desaciertos de los demás dan origen y son causa, en estos tiempos de análisis en que vivimos, del adelantamiento á que en todas las esferas aspiramos, motivo por el cual hallo muy justificado que unas á otras, las generaciones que se suceden, corrijan los desaciertos y llenen las deficiencias de las predecesoras, pues sin esto, en el terreno de la ciencia, el progreso se haría imposible.

Al mismo tiempo, sin embargo, creo que cada cual debe tener el llamado valor de sus convicciones; y he aquí la razón de la extrañeza que le manifesté; pues habiendo podido ser el *estilo latino-bizantino*, así denominado por mi señor Padre, objeto de controversia mientras vivió el autor de las *Coronas visigodas de Guarrazar*, quienes ahora tratan de modificar la clasificación indicada guardaron entonces el más absoluto silencio, y sólo después de ocho años transcurridos desde el fallecimiento del clasificador es cuando pretenden impugnar la doctrina por aquél sentada, tal vez en la creencia de que no tendría defensores, dada la insignificancia de mi pobre persona á falta de otros más idóneos discípulos y secuaces.

Desde luego que no hallarán en mí los impugnadores á quienes aludo, argumentos de la fortaleza y de la eficacia que tendrían los que el clasificador y definidor del *estilo latino-bizantino* alegaría si viviese; pero no por ello he de desmayar en la empresa, ya que el camino quedó trazado y no hay más sino seguir por él con confianza, deplorando el que me vea forzado á molestar la atención de usted y la de los habituales lectores de su acreditada publicación, reproduciendo aquí, en mucha parte, noticias que han de ser para usted por todo extremo familiares sin duda.

Sentadas estas premisas, que he juzgado necesarias para poder entrar en materia, ocurre desde luego preguntar si efectivamente logró Iberia, durante los días de los sucesores de Ataúlfo, que en su seno tuviera nacimiento y desarrollo alguna cultura, cuyos caracteres consientan y autoricen á considerarla como propia. La respuesta, para usted como para mí, no es dudosa: abundan á dicha los testimonios que la acreditan, y no es hoy hacedero, como lo fué en tiempos pasados, abrigar sospecha de ningún género en tal sentido.

Había la Península Ibérica recibido, cual es notorio, de la opulenta Roma todos los elementos de cultura que la señora del mundo importaba con sus legiones victoriosas á los pueblos por ella sojuzgados; y aunque nunca en la patria de Istolacio, de Indivil y Viriato quedaron para siempre borradas las huellas de la nacional independencia, no por ello es menos cierto y exacto que hubieron de penetrar en España y de aclimatarse en ella las poderosas influencias romanas, las cuales jamás alcanzaron, para gloria nuestra, no emular, no oscurecer, sino ni aun resistir la competencia en sus creaciones con las del germen fecundo de donde aquellas influencias dimanaban y procedían.

No hay para qué extremar, mi excelente amigo y compañero, las pruebas del aserto indicado, pues bien claras y patentes se manifiestan en el terreno

del arte para aquellos que se hallan ya avezados á este género de estudios: jamás las provincias pudieron competir en esplendor ni grandeza con la metrópoli, ni al asimilarlas la prepotente Roma consiguió variar en absoluto la naturaleza de las mismas, ni eran, ni podían ser, las influencias por ella transmitidas con las armas é impuestas con la conquista, tan puras, tan limpias de toda mancha, como para que produjeran en España el mismo resultado que brindaban al desarrollarse y florecer en el ambiente en que habían nacido.

Por eso, si hay españoles como el orador Quintiliano, como el filósofo y trágico Séneca, como el épico Lucano y el satírico Marcial, como Columela y Floro, cuyo nombre figura dignamente entre el de los ilustradores de las letras latinas, — bajo aquella forma por ellos cultivada, asimilada por ellos en la misma Roma, resplandece poderoso el espíritu nacional, modificado un tanto, pero esencialmente distinto del espíritu que anima y da sér á las creaciones literarias de los ingenios de la metrópoli. Por eso, no ha faltado, cual usted de sobra sabe, quien moteje á los cultivadores españoles de las letras romanas, atribuyendo á su influencia la decadencia y la corrupción del idioma latino, porque habían llevado á él, como natural y legítimamente debía ocurrir, el sello propio de la nacionalidad de donde procedían.

Y si sucedía esto en las esferas de la manifestación literaria, no acontecía de otra suerte en las demás esferas del arte, como han puesto y ponen de relieve los monumentos que descubren en nuestra patria el acaso y la fortuna, acreditándose, por tal camino, que España, como debió acaecer en las demás provincias del Imperio, imprimió en todas las obras ejecutadas *more romano* el sello de su personalidad y de su ingenio, que las hace aparecer como expresión de la variedad, dentro de la unidad general latina, determinando así la existencia del arte no sin razón apellidado hispano-romano por los doctos.

Envuelta Iberia en la inevitable ruina del Imperio, si en la metrópoli logra, durante aquella larga agonía, subsistir algún tanto la tradición heredada de los anteriores tiempos, no es difícil resolver lo que acontecería en la Península, dados los anteriores precedentes, ni lo es tampoco el comprender, por lo que al arte se refiere, la situación en que hallaron los vándalos, los alanos, los suevos y los silingos la cultura derivada y ya corrompida de los españoles, ni la que encontraron asimismo en nuestro suelo aquellos otros bárbaros que, llamándose auxiliares del Imperio occidental, sojuzgan y señorean sin grave protesta nuestra patria.

Señalar los elementos nuevos aportados por estos dominadores; determinar las fuentes de las cuales dimanaban; reconocer la eficacia de los mismos, tarea es que no debe ser olvidada á nuestro propósito, pero que facilita en gran modo el conocimiento de la Historia. No juzgo ni necesario ni pertinente, á lo que creo, tratar en este sitio la cuestión de orígenes del pueblo visigodo, ni es tampoco grande su importancia para el fin que de presente persigo; mas no por ello debe perderse de vista, antes bien, sí, llamar poderosamente la atención, el hecho de que, cuando Ataulfo desembarca en la antigua Barcino, los visigodos no eran, ni mucho menos, lo que habían sido al abandonar su cuna. Vanguardia de aquella serie casi innumerable de pueblos que caen sobre el Imperio romano, abrumándole bajo su pesadumbre, habían tenido tiempo de templar su rudeza nativa con la contemplación primero, y el contacto después de Roma, grande siempre aun en medio de su postración y de su envilecimiento; y cuando, reconocida la nominal autoridad de Honorio, penetran en Iberia, no es, en modo alguno, ajena para ellos la cultura del Imperio, razón por la cual, si traen al derecho el individualismo que en ellos reconocen los críticos, traen también los mismos vicios de la sociedad, á cuya destrucción habían contribuido, no importando, por lo tanto, elemento alguno propio, escandinavo ó no, en el terreno de las artes.

Buena prueba ofrece de esta verdad el testimonio elocuente de los escritores españoles que florecen durante el primer período de la dominación visigoda, y cuyas producciones debían reflejar las nuevas influencias, á las cuales debía también poco á poco haberse convertido la cultura patria, aun supuesta la natural resistencia que habrían de oponer los iberos para aceptarlas al postre. A partir del reinado de Atanagildo, comienzan ya á dibujarse nuevas y distintas influencias que no procedían, que no podían proceder, de los visigodos; porque si tal fuera lícito suponer, habrían, sin duda alguna, aparecido en los reinados anteriores. ¿Qué acontecimiento, pues, se verifica en los días de Atanagildo para que presente y ofrezca el arte el sello con que se muestra

en los períodos sucesivos? ¿Qué influencias eran aquellas tan poderosas como para sobreponerse á las tradiciones romanas, todavía subsistentes, fundiéndose con ellas y extendiendo su acción, con más ó menos alteraciones, hasta el siglo xi?

Mientras que el Imperio de Occidente desaparece en manos de los bárbaros, el de Oriente, bajo el gobierno del gran Justiniano, consigue cierto esplendor y florecimiento, de que da idea el famoso Código que lleva el nombre de aquel ilustre descendiente de Constantino. Creciendo en importancia, al mismo tiempo que el de Occidente caía aniquilado, pensó alguna vez en reconstituir la grandiosa universal unidad romana, de que se juzgaba heredero, y no vaciló, con tal propósito, en tomar activa parte en las discordias surgidas entre los visigodos en España, presentándose en ella sus soldados como auxiliares de Atanagildo, quien, guiado por la ambición de ceñir á sus sienes la corona, vuelve al Oriente los ojos implorando la protección de Bizancio. Establecidos desde entonces los imperiales en las regiones que les fueron concedidas para tal fin por Atanagildo, y unidos íntimamente con los hispano-latinos, que en ellos veían á sus salvadores, no sólo por la gran tradición de que los consideraban representantes, mas también y más principalmente quizá por su ortodoxia católica, no es sino muy natural que, siendo los hispano-latinos los depositarios de las tradiciones romanas, procurasen en todo acomodarlas á las enseñanzas de aquellos á quienes conceptuaban cual verdaderos intérpretes de las mismas, con tanto mayor motivo cuanto que, en los ominosos días de Leovigildo, no á otra parte que al Oriente era adonde se encaminaban, ávidos de la doctrina de Agustín, los obispos españoles, y entre ellos el egregio Leandro de Sevilla, que había de presidir más tarde el famoso tercer Concilio toledano.

¿Qué de extraño, pues, conocidos estos hechos, que mirando los hispano-latinos á los imperiales cual amparadores y maestros, aceptaran de buen grado sus influencias, hasta el punto que determinan y marcan las reliquias de las fábricas monumentales erigidas por el preclaro Massona en Mérida, y que aun se conservan dislocadas en muchas comarcas españolas, como Toledo y Córdoba, Sevilla y Palencia, y otras varias? ¿Cómo desconocer que fueron los griegos imperiales quienes importaron aquellos elementos con los cuales debía de transformarse la ya harto degenerada tradición romana? ¿Cómo aceptar, por último, la denominación de *hispano-visigodo* que algunos pretenden para el singular estilo que caracteriza las creaciones artísticas españolas durante el último período de la dominación de los visigodos?

Si los elementos á que aludo son; mi buen amigo, notoriamente originarios de la gran Bizancio; si no se manifiesta su acción transformadora sino cuando el pueblo de Ataulfo pierde sus naturales condiciones, reconociendo la supremacía y sometimiento, por así decirlo, á la grey hispano latina, ¿á qué esa pretensión, injustificada é injustificable, de hacer que el estilo *latino-bizantino*, resultado de la fusión de las tradiciones occidentales y de las orientales en la Península, sea expresiva representación de la fusión no conseguida hasta después del año 711 entre hispano-latinos y visigodos? ¿Cómo y por qué medios podría demostrarse, desoyendo las elocuentes enseñanzas de los monumentos, que no pesaron en nuestra patria las influencias de Bizancio, y dónde sería hacedero encontrar la fuente de la cual procedían los elementos con los cuales se transforma la tradición latina?

Claramente se evidencia, á lo que entiendo, hechas las anteriores indicaciones, acreditadas por la experimentación y el estudio de los monumentos, que sólo el estéril anhelo de la notoriedad es el que ha guiado y guía á aquellos que con una sola palabra y rehuendo acaso toda disquisición meditada y seria basada sobre pruebas tangibles y nada sospechosas, pretenden destruir el edificio levantado por la lógica con los materiales que facilitan á la par, de acuerdo, la historia y los monumentos arquitectónicos; por esta causa, pues, y teniendo por suficientemente demostrada la legitimidad de la clasificación establecida por mi señor Padre respecto del *estilo latino-bizantino*, me habrá usted de permitir dé aquí por terminada esta mi primera epístola, rogando á usted me perdone la molestia que su lectura haya podido producirle, al tratar en ella cuestiones que para usted son seguramente vulgares.

Dejando para las siguientes el estudio individual del precitado *estilo*, sabe usted que soy siempre suyo afectísimo amigo y compañero q. b. s. m.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

2 Mayo de 1886.

RECEPCIÓN DEL P. MIR

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ANDAN tan deslucidas hoy las frases enco-miásticas, por lo que han abusado de ellas los periódicos, prodigándolas á manos llenas, que ya no sabe el escritor sincero cómo emplearlas con justicia sin que suenen á lisonja ó á compadrazgo de mala ley, y sucede con frecuencia en esta subversión de ideas en que andamos revueltos, que la mejor alabanza es la que no tiene pregoneros, y la fama más justa la que no va precedida de ruidosa trompetería. Esta consideración sujeta nuestra pluma para hacer aquí el elogio de la recepción del P. Mir en la Academia Española, consideración á que va unida otra que también pudiera desvirtuar nuestras alabanzas: la del entrañable cariño, fruto de antigua y constante amistad que nos une al docto jesuita, testigo de nuestras mayores penas y de nuestras más dulces alegrías domésticas, compañero gratísimo de viajes inolvidables por España, consejero leal y maestro bondadoso en nuestras tareas literarias, invariable y nobilísimo en su trato, siempre benévolo con nuestros trabajos, pródigo en comunicarnos sus alientos, generoso en hacernos el bien posible, amigo, en fin, de aquellos pocos con los que se puede contar á toda hora y en todas las circunstancias de la vida. Le conocimos hace años acompañando al Sr. Fernández Guerra, á quien cabe la gloria de haberle sacado de la oscuridad del retiro en que vivía para relacionarlo con los estudiosos y doctos, y ponerle en camino de alcanzar por sus méritos insignes el lugar que hoy ocupa en la Real Academia Española. La resplandeciente gloria que hoy difunden los nombres de los PP. Mir y Fita, reflejará siempre, y es justicia confesarlo, sobre el Sr. Fernández Guerra, que, como digno apreciador del mérito de ambos jesuitas, se esforzó en abrirles camino para que brillasen en la cumbre de las ciencias y de las letras. Y, en efecto, á pesar de la mala atmósfera de estos tiempos, el público docto de todos matices ha reconocido el acierto con que el señor Fernández Guerra patrocinó á tan sabios sacerdotes, granjeando á la cultura española servicios incalculables, y reverdeciendo los laureles de su siglo de oro.

Cuanto asistieron el domingo último á la sesión de la Academia Española, que fué de las más solemnes y concurridas, pudieron apreciar hasta qué punto el P. Miguel Mir reverdece en sus escritos la hermosísima prosa de nuestros escritores clásicos. Discurriendo sobre el estado ó punto de perfección á que lograron levantar la lengua castellana los autores de los dos últimos tercios del siglo xvi y primero del xvii, el nuevo académico, no sólo expuso doctrinas y teorías luminosas, que llenan de claridad la historia literaria de aquella época, sino que probó con su propio discurso que, siguiendo las huellas de tales maestros, es como puede reanimarse y ennoblecerse nuestra literatura, maltrecha y abatida por la influencia francesa.

El discurso del P. Mir encierra esta doble demostración: es la teoría y la práctica, la enseñanza y el ejemplo, explicación de lo que fueron los clásicos españoles, y reflejo de su admirable fisonomía, donde se retrata el carácter y el genio de nuestra patria. De las teorías estéticas y lingüísticas expuestas por el nuevo académico en su discurso, de la perfecta ilación de sus ideas, de la claridad de sus razonamientos, de la propiedad de sus palabras, de la construcción de sus oraciones, de la elegancia y corrección de su estilo pueden juzgar nuestros lectores en el discurso que vamos á reproducir íntegro; sólo haremos notar que en tan espléndida oración se patentiza la educación literaria y científica del Padre Mir, muy distinta de la que hoy se acostumbra, puesto que sin apelar á relumbrones retóricos ni á oscuridades metafísicas, sin perder aquella calma y serenidad del espíritu que discurre por los caminos de la verdad, con naturalidad y sencillez, con llaneza y gravedad al mismo tiempo, con maravillosa riqueza y copiosidad de lenguaje, va exponiendo sus ideas, animándolas con el calor de su entusiasmo, realzándolas con los atractivos de la imaginación y con el prestigio de los recuerdos, y apoderándose así de todas las nobles facultades del oyente ó del lector, sin marearle ni aturdirle, como ahora se usa, antes por el contrario, dejándole dulcemente satisfecho y como embriagado con la verdad, bondad y armonía del discurso.

«Principio de la claridad y ennoblecimiento de la idea es la verdad. Solamente lo verdadero es claro é inteligible, como solamente es noble, hermoso y deleitable. Lo falso y erróneo es siempre oscuro, siempre confuso y repugnante. Criado en las tinie-

blas, huye la luz y esconde su verdadera realidad de los ojos y aun de las sospechas de los hombres. Con la verdad aparecen los objetos como son en sí, puros, sinceros y con aquel ser que recibieron de su Criador, y por esto son hermosos y agradables; con la falsedad se presentan revueltos y disfrazados con trajes y apariencias extrañas que, por más que lo procuren, no pueden ocultar su intento de seducir la inteligencia, y por esto son enojosos y aborrecibles.»

En este hermoso párrafo del discurso está retratado el discurso mismo, á modo de clarísima fuente que brota de alabastrina taza y se retrata en el espejo de sus propias aguas.

Dejemos el discurso, que sería necedad extractarlo cuando lo insertamos íntegro, para ocuparnos un instante en el efecto que causó en el auditorio. Componíase éste de público numeroso, variado y selecto: señoras de las que reinan en nuestros salones, y hombres de los que gobiernan en nuestra patria; sacerdotes dignísimos, y racionalistas desalmados; escritores de ciencias naturales, y de materias literarias; poetas, periodistas, etc. El Padre Mir leyó muy bien su discurso, de modo que nadie se quedó sin oírlo á pesar de rebosar el público en el salón, ocupando parte de la escalera. En siete cuartos de hora, que duró la lectura, la sala parecía desierta; todos seguían con interés vivísimo el desarrollo del discurso, dando muestras de asentimiento á sus ideas y de complacencia con su pureza, corrección y felices ornatos. En varias ocasiones el entusiasmo estalló en aplausos, sobre todo cuando el ilustre jesuita, enardecido por el patriotismo y por la fe, pintaba á maravilla las grandezas de España en el siglo de los Felipes, cuando «precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles se derramaban por todas las provincias y reinos de Europa, gobernaban los pueblos, subían á las cátedras de las universidades, paseaban vencedores por los amenos campos de Nápoles y Lombardía, por las márgenes del Rhin, por las dunas de Flandes, por las llanuras de Francia, y después de alborotar á Europa con el ruido de sus hazañas y de cubrirla con los laureles de sus victorias, recorrían animosos los hermosos continentes de unas y otras Indias, y penetraban por aquellos bosques donde no había resonado aún la voz humana, y subían por aquellos ríos que parecen mares, y todo lo arrollaban hasta plantar sus tiendas en las vertientes esplendorosas del Tolima y del Cotopaxi, y clavar sus triunfadoras banderas sobre los tronos destrozados de Moctezuma y Atahualpa.»

Fué también muy aplaudido en el pasaje de su discurso en que celebra la universalidad que alcanzó en aquellos tiempos el habla castellana: «Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba, lo mismo en las márgenes del Tíber, que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán, que en las brumosas de Gante y de Bruselas. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañas, allí vibraban dominadores los acentos españoles. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahani al divisarla desde las famosas carabelas. En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Nuñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en la otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España, jurando morir por defendérselo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres alterosas de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicación del Evangelio llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.»

Terminado el discurso, y ruidosamente aplaudido, se levantó á contestarle el Sr. Menéndez Pelayo, que estuvo fogoso é inspiradísimo como nunca. Sus frases parecían salir de un yunque de acero, enrojecidas en la fragua del entusiasmo. Retrató con pinceladas de primer orden á García Gutiérrez; hizo después, sin cambiar de pincel, el del P. Mir, y con ingeniosa y oportunísima valentía, de tal modo supo

parangonarlos, que nada resultó allí violento, sino, antes al contrario, perfectamente ajustado á la crítica, á la realidad y al orden lógico de las cosas. Menéndez Pelayo, cuya solidez de doctrinas sólo puede compararse á su prodigiosa erudición, hizo un breve resumen de la obra del P. Mir, *Harmonía entre la religión y la ciencia*; pero con tal nervio, energía y convicción católica, que arrebató de entusiasmo al auditorio, pendiente de sus palabras, y arrancó aplausos hasta de los más indiferentes y sospechosos á la verdad.

Así terminó esta solemnidad académica, que debe contarse entre las más notables, y la cual, como dijo oportunamente Menéndez Pelayo, ha sido «solemnidad de concordia y alianza entre lo profano y lo sagrado, entre la religión y las letras, entre el genio del teatro que se levanta sobre el sepulcro de García Gutiérrez, y el genio severísimo de la filosofía cristiana, que alumbraba las vigiliadas de Vázquez y de Suárez, y alumbraba hoy las del P. Mir.»

Reciba nuestro ilustre amigo la felicitación más cordial y entusiasta por la honra recibida, y la Real Academia Española el más sincero aplauso por la prueba de rectitud que ha dado admitiendo en su seno, libre de añejas preocupaciones, á un miembro dignísimo de la insigne Compañía de Jesús.

M. PÉREZ VILLAMIL.

LAS SIERVAS DE JESÚS

BENDITA sea la hora en que llegaron á nuestra villa, y que Dios bendiga á quien las trajo!

Su primera fundación, su casa matriz, es la de Bilbao: las reglas ó constituciones de su

1 De la *Eusébia-Erria*, de Bilbao.



EN LA BIBLIOTECA DEL CONVENTO.—CUADRO DE G. HENERI XIRME.

congregación religiosa acaban de ser definitivamente aprobadas por León XIII, es decir, por la Iglesia.

Esto es cuanto sé y puedo decir acerca de esos dos puntos; aunque supiera más, nada podría añadir que valiera lo que eso para los católicos, ó fuese tan grato para los bilbaínos.

Pero si desconozco su fundación y sus reglas, conozco en cambio sus frutos de bendición, y los conozco todo Bilbao, y los experimentaron durante el cólera otros pueblos de Bizcaya y de fuera de Bizcaya; y es verdad de la Sagrada Escritura que el árbol se conoce por sus frutos...

Aun en tiempos normales, y aun tratándose de enfermedad ordinaria ó no contagiosa, en la casa en que existe un enfermo grave reinan con la desolación el desorden y el desconcierto: quien debe velar descansa, y quien debe descansar vela; quien debiera reservar sus fuerzas para cosas en que es irremplazable, las agota en otras en que podría ser sustituido con ventaja; sobra á veces gente, y falta

dico: ¡milagro de la caridad cristiana y de nuestra santa religión!

En una época en que se ocupan las gentes en buscar profesiones á propósito para la mujer, estas santas mujeres, buscando el reino de los cielos, han hallado una profesión en la que la dulzura de su sexo es irremplazable. En esta época de especialidades y especialidades, esas santas mujeres han creado la especialidad más necesaria y de utilidad más universal: la especialidad de enfermeras que ejercen con todos, con los pobres y con los ricos, y en la que su vocación y su práctica les dan indisputable competencia.

Quien haya leído la célebre descripción de la peste de Florencia en la obra inmortal de Manzoni, descripción de admirable verdad; quien conozca algo de hospitales, barracones de coléricos, etcétera, sabe muy bien la situación horrible en que puede encontrarse el enfermo á quien hay que entregar á manos mercenarias... Escogiendo gente, y pagándola á peso de oro, ó valiéndose de amigos, parientes, servidores fieles, pueden aminorarse y aun evitarse esos riesgos; pero aparte de las grandes dificultades, insuperables muchas veces, que esto ofrece, ¿qué servicios pueden compararse con los que, por la virtud divina de la caridad, presta una santa mujer que ve en el enfermo la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, que le cuida como si fuera su divino Redentor, y tiene siempre presentes las inefables palabras de Este: lo que hicieris por nuestro prójimo necesitado, lo hacéis por Mí? ¿Puede haber satisfacción mayor, ni mayor honra, ni mayor consuelo para el enfermo y para su familia?

Las personas que se distinguen por su bondad ó por su maldad crean al rededor de sí, á manera de las plantas malsanas y de las plantas salutíferas, atmósfera envenenada en un caso, y saludable en el otro; y al presentarse en una casa una *sierva de Jesús* con el tesoro de perfección y de virtudes que llevan consigo su santa vocación y su santa y heroica vida, ¡qué atmósfera tan cristiana y tan propia de aquella ocasión, de aquella ocasión y de todas, pero de aquella más especialmente que de otras, se respira en esa casa! Conozco un hecho, de cuya autenticidad puedo responder: asistía una *sierva de Jesús* á una pobre moribunda que pedía confesión, y cuyo marido, por loco ó por borracho, se oponía á que su mujer tuviera ese supremo consuelo. Quiso impedir ese hombre que la religiosa saliera á traer un confesor, y la cerró el paso, amenazándola al mismo tiempo con un cuchillo. Insistió la santa mujer en cumplir su deber, religioso y natural á un tiempo, y acometióla el hombre con el cuchillo que tenía en la mano, llegando á rasgar con él su hábito; pero horrorizado de su propia acción, se le cayó el arma de las manos, y la *sierva* trajo un confesor, y se confesó la moribunda... y después su marido. Y aquel día sintieron los ángeles en el cielo y las *siervas de Jesús* en la tierra mayor alegría por cada una de aquellas dos almas convertidas, que por noventa justos que perseveraran.

¡Cuán dulces y fáciles de creer hace los dogmas consoladores de nuestra santa Religión la sola presencia de una *sierva de Jesús* en el cuarto de un moribundo, y cómo ayuda esa presencia á la debilidad de nuestra fe! Cuando el sacerdote invoca al Ángel de la Guarda para que defienda al alma que va á abandonar al cuerpo, ¡cuán fácil y dulce de creer se hace que envíe un ángel del cielo para salvar aquella alma el mismo Dios que ha enviado ya un ángel de la tierra para cuidar de aquel cuerpo, y más principalmente del alma!

JOSÉ MARÍA DE LIZANA.

Bilbao, Marzo de 1886.

HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

EL TULIPÁN

Orgulloso levanta la cabeza,
Y la vista arrebatada,
Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipán, honor de los verjeles.
Y en galas emulando á los claveles,
Con fajas mil vistosas
De su vivo escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ah! que su mano avara le escasea
Cruda Flora su lucido delirio,
Y sólo así á la vista luce barnizado.

(D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS. *Silva de las flores*.)



SOBRE su tallo redondo, envuelto en su base por hojas lanceoladas, unidas, espesas y que forman en su longitud una bella curva, se eleva el tulipán como de una canastilla, que sirve de canal á las aguas que deben bañar su raíz.

Tulipa se deriva del idioma persa *tulban* ó *tulbend*,

que significa turbante, por la remota semejanza de esta flor con el turbante de los orientales.

Esta flor es inodora, pero es muy apreciada por la inmensa variedad de sus matices y colores. Se cree originaria de Turquía o de Siria; crece espontáneamente en las montañas de Saboya, en el Asia meridional y en los terrenos próximos al mar Negro.

Conrado Geiner, famoso naturalista, llamado el Plinio de Alemania, la vió por vez primera en Augsburgo en 1559, en el jardín de un aficionado, que le había recibido de Constantinopla.

El tulipán ha sido bellamente descrito en la siguiente poesía que le dedica D. Juan Arolas:

La hermosísima Estambul,
Ciudad del adusto moro,
Tiene su canal azul,
Que le sirve de decoro.
Y en sus aguas transparentes
Retratan los tulipanes
Sus penachos diferentes,
Que adoran los musulmanes.
Rígidamente sus mujeres
Aman más tan gayas flores
Que del harem los placeres,
Que es cárcel de sus amores.
Y los enajena el brillo
De esos vasos de oro y plata,
Lila, blanco y amarillo,
Rosa tierna y escarlata.
Esta flor de enamorados
Ostenta por rico dón
Los pétalos encarnados
Y negro su corazón.

En Europa, y especialmente en Holanda, la afición a los tulipanes fué en algún tiempo una pasión dominante. Las cebollas se cotizaban en la Bolsa de Harlem. Según Muting, en el espacio de tres años se hicieron en una sola ciudad de Holanda negocios con los tulipanes por valor de 10.000.000 de florines. En 1634 y 1637, según *Les Nouvelles Annales des Voyages*, los tulipanes alcanzaron precios enormes, enriqueciendo á gran número de especuladores. Entre las especies más apreciadas figuran las llamadas «Almirante Lieskeus», «Matrimonio de mi hija» y «Semper Augustus», evaluada esta última en 2.000 florines, y se creía era tan rara, que sólo existían dos plantas, una en Harlem y la otra en Amsterdam. Un particular ofreció por una de estas cebollas 4.000 florines, un carruaje, dos caballos y todos los accesorios. Otro cedió por otro tulipán doce arpentos de tierra (fanega francesa de tierra que equivale á media fanega de Toledo de 400 estadales). En Francia se dió un molino por una cebolla.

En fin, la tulipomanía tomó tales proporciones, que el Gobierno holandés decretó severas penas para atajar esta especie de locura ruinosa, que por un placer de algunos días comprometía la existencia de las familias. Esto por una parte, el ridículo, la introducción de los jardines á la inglesa, la de otras plantas y flores y los fanáticos adversarios de los tulipanes, como M. Evrard Jorstin, que destruía con su bastón cuantos tulipanes veía en los jardines ó en los campos, contribuyeron á desterrar la tulipomanía.

He aquí una anécdota de M. Máxima Du Camp: «Un marino, cansado de esperar una mañana en casa de su armador, y viendo cebollas sobre una mesa, pensó desahogarse para matar el tiempo: saca un pedazo de pan de su bolsillo, toma una cebolla, la muerde, y hallándola amarga, la arroja, toma otra, y así hasta once. El armador llegó demasiado tarde y echó á estacazos al marinero, cuyo frugal desayuno le costaba más de 30.000 florines. ¡Un desayuno de Cleópatra! El marinero había sazonado su pan con once cebollas únicas de tulipán.»

Otra anécdota: Un zapatero de viejo de la Haya obtuvo un tulipán negro. La fama de esta maravilla vegetal se extendió rápidamente. Una mañana se le presentaron los representantes de la Sociedad de Tuliperos de Harlem, ofreciéndole 200 florines por su cebolla; él los rehusó: por último, aceptó el precio de 1.500 florines. Apenas tienen los representantes á su disposición la cebolla, la arrojan á tierra y la destruyen.—Imbécil, le dicen al remendón, hemos encontrado el tulipán y le hemos destruido, porque no queremos tener rival: si hubieras pedido 10.000 florines los hubieras obtenido.—El infeliz zapatero murió de tristeza.

Una fiesta de íntimo regocijo tiene lugar en Persia en la época del florecimiento de los tulipanes. Los persas tienen una pasión extrema por las flores; los poetas no se contentan con cantar su belleza: les dan un lenguaje que se ha vulgarizado. Se pue-

de decir que las plantas son en el Iram el libro de los iliteratos: los que no pueden manejar el cálamo ó caña de escribir, se comunican por ramilletes expresivos llamados *salants*. En este lenguaje particular el tulipán significa el amor. Chardin ha visto en el palacio del Rey de Ispahán un vaso guarnecido de esta flor con la siguiente inscripción: «He tomado el tulipán por emblema: como él tengo la vista de fuego y el corazón de carbón.»

En la fiesta de los tulipanes las más curiosas variedades son expuestas en lo interior del harem; las mujeres se engalan, las luces brillan, la música mezcla sus acentos con el concierto de la voz humana para romper la monotonía de una vida claustral y desocupada.

También en Turquía hay la fiesta de los tulipanes. Así la describe Arolas en la poesía antes citada:

De Estambul en el Serrallo,
Cuando primavera viene,
Esta flor de hermoso tallo
Su solemne fiesta tiene.
Simétricas galerías
Se cubren de mil tapices,
Que en las anchas galerías
Dan magníficos matices.
Y en los vasos más bruñidos
De cristal y porcelana,
Tulipanes escogidos
Ostentan su gloria ufana.
Por la noche dan olores
Cincelados pebeteros,
Y lámparas de colores
Brillan como los luceros.
Las adornan los diamantes
En purísimas guirnaldas
Y riquísimos colgantes
De zafiros y esmeraldas.
Al fulgor de las bujías
Cantan en perenne coro
Dulcísimas armonías
Aves mil en jaulas de oro.
Una lluvia de agua rosa
Refresca las auras puras,
Do el alma feliz reposa
Con el canto y sus dulzuras.
Y abriendo doradas puertas
Salen odaliscas bellas,
De galas sin fin cubiertas,
Emulas de las estrellas,
A ostentar sus perfecciones
Y riquezas extremadas
En tan gratas diversiones
Del Oriente y de sus hadas.
Disfrutando el aura leda
Déjase ver el Sultán
Bajo un pabellón de seda
Sobre plumas de un diván.
Y recibe los presentes
De aromas y pedrería
Que Bajas reverentes
Le consagran á porfía.

Los inteligentes desdennan los tulipanes dobles, prefiriendo como más perfecto el sencillo, que se abre con gracia y forma un vaso regular; sus seis pétalos deben ser largos, bordados de diferentes colores en su base y orlados en sus bordes; los estambres han de ser negros. Si el festón es blanco se desea que sea un blanco de leche, y si amarillo, que parezca de oro, que esté festonado cada pétalo por ambas caras y tenga además una línea negra que divida el festón del fondo.

El tulipán es un género de plantas bulbosas, de la familia de las liliáceas, tipo de la tribu de las tulipáceas, que comprende una veintena de especies.

Esta flor, como otras de un solo tegumento floral, ha dado margen á la controversia de si debía llamársele cáliz ó corola, proponiendo algunos botánicos, para resolverla, que se llamase perigonio.

Las variedades de los tulipanes se multiplican por medio de las semillas, pero son necesarios cuatro años ó cinco para que empiecen á festonarse.

Entre los persas y turcos es el símbolo de los perfectos amores y lo mismo entre nosotros, aunque también es emblema de la inconstancia.

EL JACINTO

Género de plantas bulbosas, ó de cebolla, de la familia de las liliáceas, cuyas flores están sostenidas por un bohordo y forman un racimo terminal y sencillo.

Los jacintos crecen espontáneamente en la Europa meridional y en el Asia, y se encuentran en gran cantidad en la Provenza. Hay numerosas variedades de jacintos: de flores blancas, amarillas, azules, y rosas, pero el mas notable es el jacinto de Oriente. El cultivo hace sus flores dobles.

En Holanda, el jacinto como el tulipán, han sido objeto de especulaciones y negocios considerables. Harlem fué el centro de su comercio. Con este

objeto se instituyeron comités y jurados para examinar las variedades nuevas y decidir su valor dando premios á los jacinticultores que lo conseguían.

Gracias á los minuciosos cuidados y lo favorable del clima, los holandeses han logrado más de 500 variedades bien distintas de jacintos. Estas nuevas variedades se obtienen por medio de las semillas, pero las cebolletas no florecen hasta los cuatro años.

Hoy los jacintos son flores predilectas para adorno de las chimeneas francesas y de los gabinetes, donde se cultivan sus cebollas en el agua contenida en botellas especiales.

El jacinto también tiene su lugar en las fábulas mitológicas; dice un poeta francés:

En el jacinto respira un hermoso niño,
Le reconozco como el hijo de Piero;
El aun busca las miradas de Febo
Y teme aún las miradas del Céfito.

He aquí la relación mitológica: Jacinto era un hermosísimo niño, hijo de Piero y de Clío. Apolo y Céfito le amaban con pasión. Celoso Céfito de verle jugar al tejo ó tango con Apolo, dejó caer un tejo sobre la cabeza de Jacinto y le mató. Apolo le metamorfoseó en flor.

Las jacintidas eran cuatro hijas de Eriseo, rey de Atenas, llamadas Procris, Creusa, Chtonia y Oritia; se inmolaron por la salud de su patria y fueron llamadas así á causa del lugar en que fueron sacrificadas, denominado Jacinto.

La palabra jacinto trae su origen de las dos primeras letras de Ajax (Ai) y *anthos*, que equivale á flor, de suerte que toda ella quiere decir *flor de Ajax*, porque supone la mitología que nació de la sangre de este héroe.

Ajax de Telamón, el rival de Ulises, disputaba á éste la pertenencia de las armas de Aquiles. Irritado porque Ulises las hubiese obtenido por el juicio de los principales capitanes griegos, fué tal su furor, que hizo una horrible carnicería en los ganados ó rebaños del ejército, figurándose que mataba á sus compañeros y á su rival. Recobrada la luz de la razón, se mató con la espada que le había dado Héctor por no sufrir las burlas de sus compañeros. Ajax y Ulises habían combatido con igual valor. Otros refieren este hecho como ocurrido en la oscuridad de la noche, y al desengañar á Ajax la luz de la aurora, se mató.

Virgilio, en la égloga II, cuando Coridón recomienda al joven Alexis la vida del campo, le ofrece canasillos de blancas azucenas con la doble amapola, el narciso, la flor del Eneldo, el purpúreo jacinto y la violeta.

Por último, llevan el nombre del jacinto una piedra preciosa de color rojo, transparente y dura, y San Jacinto, natural de Yasse (Polonia), de la casa de los antiguos condes de Oldeonnes, tomó el hábito de Santo Domingo en Roma, fundó muchos conventos, y después de haber predicado en el Norte y haber convertido y bautizado á millares de infieles, murió en Cracovia.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

ROBESPIERRE

Crónica dramática del Terror.

Escena IX.

ENRIQUE, LUISA y el MARQUÉS.

MARQUÉS.

¿Que pasa, hijos míos, que os veo tan agitados? Tú estás demudado, Enrique... Luisa acongojada... (Poniéndose entre los dos y tomándoles las manos.) ¡Jesús me valga! ¡Si los dos estáis temblando!

LUISA.

(Con viveza.)

Es que la perspectiva de una gran felicidad oprime á veces el corazón como la de una gran desdicha... Ya sabéis que nuestras almas están más templadas para el dolor, que prevenidas y dispuestas para el goce... Ahí tenéis á vuestro pobre hijo sin ánimo para daros una gran noticia...

MARQUÉS.

(Con extrañeza.)

¡Una gran noticia!

LUISA.

Ya lo creo... La noticia mas ansiada... El sueño del prisionero... (En voz baja.) Vamos á recobrar la libertad.

MARQUÉS.

¿Qué dices? ¿Es cierto, Enrique?

1 Sin embargo, hay una especie llamada tulipán de olor ó del duque de Thol, cuyas flores de rojo escarlata bordadas de amarillo, blancas, púrpura y amarillas, despiden un aroma sumamente agradable.

ENRIQUE.
(Con turbación.)

¡Sí, padre mío.

MARQUÉS.

Si no lo dijeras tú, no lo creería. La evasión de un prisionero es empresa poco menos que imposible. ¿Y cómo piensas llevarla a cabo?

ENRIQUE.

Ya sabéis que esa puerta comunica con las habitaciones del alcaide...

MARQUÉS.

¡Sí, pero el alcaide es un jacobino intratable... un terrorista sin entrañas.

ENRIQUE.

Pero es padre... tiene una mujer á quien adora, y yo, arriesgando mi vida, le he arrancado de las garras de la guillotina á un hijo que es el ídolo de su madre... ¿Comprendéis?

MARQUÉS.

¿Y ha prometido abrir esa puerta para nosotros?

ENRIQUE.

A una señal mía, no lo dudéis.

MARQUÉS.

(Con efusión.)

¡Qué horrible peso me quitas del alma, Enrique! ¡Qué trabajo me costaba disimular por no atormentarte el ansia que me devoraba! No por mí, miserable anciano que soporta con fatiga el peso de una vida amargada por las desdichas de la familia y de la patria, sino por este ángel de abnegación y de cariño que Dios te ha dado por compañera... Ella es la destinada á recompensarte de lo mucho que has penado y combatido por nosotros... ¿Conque vamos á salvar á Luisa?

LUISA.

Vamos á salvarnos los dos; pero es preciso que seáis muy obediente. El alcaide, que es el que corre el riesgo, es el que ha arreglado los detalles de la evasión: hay que someterse á su plan.

MARQUÉS.

Eso es natural.

LUISA.

Esa puerta (Señalando la de la izquierda) se va á abrir para vos... Por la noche se abrirá para mí... (Atajando al Marqués, que quiere hablar.) Ya veis que no podemos salir los dos á un tiempo.

MARQUÉS.

Se concibe que eso pueda ofrecer inconvenientes; pero no alcanzo que pueda haber ninguno para que salgáis tú la primera...

LUISA.

¿Quién sabe? Cuando él lo ha dispuesto así, sus razones tendrá... Pero no perdamos el tiempo en cosas de poca importancia... Enrique, tu padre está dispuesto: puedes hacer la señal.

MARQUÉS.

Espera, Enrique. Ya oyes lo que dice Luisa... Los momentos son terribles y solemnes... Tú eres un hombre de corazón y sin embargo bajas la cabeza y lloras... ¿Qué significa esto?

ENRIQUE.

¡Padre! No tenemos tiempo que perder... Haced lo que os dice Luisa.

MARQUÉS.

(Con severa dignidad.)

No, Luisa hará lo que le ordenemos nosotros, y tú y yo la ordenamos que salga la primera.

ENRIQUE.

(Mirando á su padre con angustia.)

¡Padre!

MARQUÉS.

(Cogiendo á Enrique por el brazo.)

Caballero Enrique de Nerac, ¿os ha dado vuestro anciano padre durante toda su vida un solo ejemplo que os autorice á tenerle por un miserable?

ENRIQUE.

(Confundido.)

Señor...

MARQUÉS.

¿Crees mi corazón inferior en heroísmo al de una débil mujer?

LUISA.

Pero oíd...

MARQUÉS.

(Con severidad.)

Silencio, Luisa.

ENRIQUE.
(Estallando.)

Padre, ya habéis adivinado la situación en que se encuentra vuestro desgraciado hijo. Todos cuantos tormentos he padecido, son nada en comparación de esta hora de angustia. Acabemos por Dios. Yo puedo daros la libertad á uno de los dos; lo que no puedo, lo que la naturaleza y Dios mismo me vedan, es designar al que debe quedarse... Decididlo entrambos... (Señalando el reloj.) La hora va á sonar, padre mío, no hay momento que perder. (Acercándose á la puerta de la izquierda.) Resolved quién de vosotros debe pasar estos umbrales pero por piedad no me pidáis que intervenga en esa terrible deliberación... ¿Para cuál de los dos debe abrirse esta puerta?

MARQUÉS.

(Con autoridad señalando la puerta. Todo el resto de este diálogo entre el Marqués y Luisa debe tener lugar en voz baja para que no lo oiga Enrique.)

Luisa, soy tu padre: yo te lo mando.

LUISA.

(Echándose á sus pies.)

Tened compasión de vuestros hijos para quienes la libertad comprada á costa de vuestra vida, más bien que un beneficio será un eterno remordimiento. (Levantándose fuera de sí.) ¡Enrique! (Enrique vuelve la cabeza.) ¡Ah! ¿Qué iba á hacer? Perdona, esposo mío.

MARQUÉS.

(Con acento breve y decisivo.)

Luisa, no prolonguemos el martirio de ese desdichado.

ENRIQUE.

(Mirando el reloj.)

¡Va á dar la hora! ¡Apresuraos!

MARQUÉS.

(Con grave solemnidad.)

No sabe amar la que no sabe obedecer. ¿Quieres obligar á Enrique á que te lo ordene?

LUISA.

¡Oh, no! (Resignada.) ¡Dios lo quiere! Estoy pronta.

MARQUÉS.

(Con voz insegura.)

Enrique.

ENRIQUE.

(Pálido sin atreverse á mirar á su padre y á Luisa.)

¿Lo habéis decidido?

MARQUÉS.

Salva á tu esposa.

(Suenan las doce: con la primera campanada se oye un redoble de tambor y se abre la reja del fondo.)

ENRIQUE.

¡Ya no es tiempo! (Separándose de la puerta.) ¡Estéril sacrificio!

Escena X.

Entra un pelotón de soldados, detrás un delegado del Tribunal revolucionario seguido de LABAN y algunos agentes de policía. Gran movimiento en la cárcel. Por los corredores de izquierda y derecha llegan en dos filas los sentenciados, precedidos de empleados y llaveros de la prisión. Al frente de los de la izquierda viene MAURICIO de BONDY. Al frente de los de la derecha, el señor FENELÓN: en este grupo se ve á la comunidad de monjas de Montmartre. Los presos salen de sus celdas á presenciar la triste despedida y se colocan formando grupos á los dos lados de la escena. Algunos de ellos entran en las filas de los sentenciados para darles la mano y con ella el supremo adiós. Los soldados se forman en hilera en el fondo, y el delegado, con una lista en la mano y teniendo á su lado á LABAN, toma los nombres de los que van á morir y los confronta con la lista á medida que van saliendo por la puerta del fondo. Por ésta se ve el patio lleno de gente armada, custodiando cuatro carretas á las que suben los sentenciados por el turno en que salen. Estos, antes de salir, forman dos grupos distintos: en el centro del primero habla MAURICIO de BONDY; en el centro del segundo, el señor FENELÓN, por el orden que se indicará. ENRIQUE, el MARQUÉS y LUISA, á quienes se agrega después TERESA, se retiran al primer término de la derecha.

MAURICIO.

¡Eh! Laban, los que van á morir, te saludan. Vamos á los dominios de Plutón, donde esperamos ser mejor tratados que en los tuyos. Cuando llegues á allá en compañía de tu patrón Robespierre y de tu vicesicario Coelès, ya os tendremos preparado el alojamiento. Allí saldaremos nuestras cuentas. (A los que le rodean.) Amigos, muramos como hijos de la nueva Francia, sin miedo y sin remordimientos. Precipitémonos con la frente serena en el seno de la

nada. Vamos á vernos libres de verdugos y de espías.

EL SEÑOR FENELÓN.

(Al grupo de sentenciados que le rodea.)

Hijos míos, se acerca la ansiada hora de nuestra recompensa. Caminemos al suplicio como los antiguos mártires, con la vista fija en el cielo y rogando á Dios por nuestros verdugos. Para hacer menos amargo este breve instante de prueba, pensad que detrás de él hay una eternidad de bienaventuranza. Las gradas del cadalso serán para aquellos que las suban con cristiana resignación y perdonando á sus enemigos, las gradas del paraíso celestial. Marchad, hijos míos; este pobre anciano de 89 años os seguirá en el camino del Calvario y espera por la misericordia de Dios volar también con vosotros al seno infinito del eterno amor.

(Los sentenciados del grupo de la derecha han escuchado con piadoso recogimiento las exhortaciones del anciano sacerdote. La comunidad de monjas desfila la primera; pero antes de salir las monjas de dos en dos, reciben la bendición del señor Fenelón: los que las siguen hacen lo mismo. Algunos de los compañeros de Mauricio, conmovidos por las palabras y la actitud del venerable anciano, van á postrarse silenciosamente á sus pies. Enrique se acerca con disimulo á Mauricio de Bondy.)

ENRIQUE.

(En voz baja.)

Mauricio de Bondy, las mujeres y los ancianos te enseñan cómo se debe morir.

MAURICIO

(Reconociendo á Enrique.)

¿Eh? (Se reprime para no delatarle. Se vuelve á sus compañeros que le van dejando solo y dice con tono de forzada burla.) ¡Calle! También los míos se van pasando al enemigo... La fila de Voltaire va á quedar reducida á mi sola persona... No importa, el marqués de Bondy no doblará la cabeza en los umbrales del sueño eterno... (Aparte al fijar los ojos en el señor Fenelón.) ¡Ah! ¡Qué recuerdo! ¡Es el mismo! ¡El venerable clérigo de Arrás! ¡El que me dijo *hasta la vista*! Nunca pude olvidar su rostro ni aquellas palabras. Ya nos vemos en efecto. ¡Pero en qué momentos! (Sacudiendo la cabeza.) ¡Eh! ¡Flaquezas femeniles! (Mirando á los que salen por el fondo.) Ellos van rogando por sus verdugos. Yo me encargo de irlos maldiciendo hasta que mi cabeza ruede por el suelo y después... después... (Con actitud cada vez más vacilante mirando siempre al grupo de la derecha.) ¡Oh, ese espectáculo remueve todas las fibras de mi alma! (Hace un esfuerzo sobre sí y dice en alta voz á los presos que le rodean.) Compañeros, los que tenéis tomado ya el asiento para este último viaje, envidiadme... Voy á gustar antes que vosotros las dulzuras de un sueño de veinticuatro horas diarias... Voy... Voy... (Aparte.) ¡Ah, también tus rodillas flaquean, Mauricio de Bondy.

LABAN.

(Acercándose á Mauricio.)

Ciudadano, llegó tu vez...

MAURICIO.

Vamos, Laban... Pero no... Aguarda... (Yendo á caer vencido por la emoción á los pies del señor Fenelón.) Padre mío, dadme vuestra bendición y pedid á Dios que tenga misericordia de este miserable blasfemo.

EL SEÑOR FENELÓN.

Hijo mío, Dios no pide al pecador más que un instante de sincero arrepentimiento. (Bendiciéndole.) Yo te bendigo en su nombre. Levántate y dame el brazo. Ayúdame tú á subir al suplicio, yo te ayudaré á subir mucho más alto.

(Sale apoyado en Mauricio y cerrando la marcha de la fúnebre comitiva. Se oye el rechinar de las carretas que empiezan á salir del patio de la prisión y el *Salve Regina* que entonan al tiempo de ponerse en marcha las monjas de Montmartre. Muchos de los prisioneros, entre ellos Luisa y el Marqués, caen de rodillas llorando. Otros, y entre ellos Teresa, se mantienen de pie, retratándose en sus semblantes las diferentes impresiones de ira, de piedad y de terror que suscita esta escena. Enrique, conmovido y silencioso, permanece apartado en uno de los extremos de la sala. El canto de las monjas se va perdiendo á lo lejos.)

Escena XI.

El MARQUÉS, LUISA, ENRIQUE y TERESA, prisioneros. COCLÉS entra seguido de dos carceleros y con un papel en la mano. Al verle los presos que estaban de rodillas, se levantan.

COCLÉS.

(Mirando el papel.)

Armando de Nerac, Luisa d'Entragues, Teresa Cabarrús... Seguidme.

TERESA.

¿Dónde?

COCLÉS.

Al Tribunal revolucionario.

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Llegamos al desenlace! ¡Ahora ó nunca! (Pasa por delante de su padre y de su esposa y les dice con voz sofocada.) ¡Valor!

LUISA.

(Aparte con desconsuelo.)

¡Y no poderlo abrazar!

MARQUÉS.

(Mirando con inquietud á Enrique.)

Temo que le venda su turbación. (A Coclés.) Os seguimos.

(El Marqués y Luisa siguen á Coclés volviéndose para dar un adiós mudo á Enrique.)

TERESA.

(Al pasar por delante de Enrique le dice en voz baja.)

¿Veréis á Tallien?

ENRIQUE.

(En el tono propio de la situación.)

¡Sí. ¿Queréis que le diga ó le dé algo de vuestra parte?

TERESA.

Dadle esto.

(Le entrega un puñal que lleva oculto, y sigue á los otros por la puerta del fondo.)

ENRIQUE.

(Contemplando el puñal.)

Ciudadana Teresa, has tenido una buena idea. Si éste no basta (Tocándose el costado), aquí llevo yo otro.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

¡QUIERO DIVERTIRME! POR MAURICIO LE PREVOST

I

LA CALLE JUAN DE BEAUVAIS.



ACE algunos años, en una de las vertientes de la montaña de Santa Genoveva, en la curiosa y venerable calle de Juan de Beauvais, se encontraba una casita de lo más singular que puede darse: una puerta estrecha que giraba con dificultad sobre sus goznes; varias ventanas que habían sido de vidrieras, y que hubieran podido casarse sin dispensa, porque no tenían ni el más remoto parentesco, y unas paredes desplomadas y hendidas, que alarmaban y no sin razón á los transeúntes; he aquí el fiel retrato de aquella casa.

En ella vivía el personaje que tengo el honor de presentar á mis lectores, y que no es otro que el hijo único de mis padres. El tenía el bolsillo tan liviano y el espíritu tan cargado de temores, de temores que le infundían por una parte la mala fama de los posaderos y por otra lo sombrío del porvenir, que al poner el pie en la miserable casita no pudo menos de exclamar: ¡este es el lugar de mi reposo! Allí fué bien recibido, y le alojaron en un cuartito que estaba contra el techo y desde cuya ventana dominaba los tejados y las innumerables chimeneas de la gran ciudad, visto que la casa, aunque baja, se encontraba en un terreno elevado.

Allí vivía yo, pues, con la mayor tranquilidad. Nadie me inquietaba, y me mantenía un poco alejado de todo el mundo. La observación diaria me hizo comprender cuánta razón habían tenido en mi casa para prevenirme que me pusiera en guardia contra las malas compañías. Complaciente con todos; familiar con ninguno; tal era mi divisa.

Pero esta vida solitaria no podía durar. El aislamiento completo engendra la melancolía; y para evitarla resolví entrar en relaciones con un artesano de mi edad que vivía en la pieza contigua. Si queréis saber quién era os diré simplemente que se llamaba Francisco. Una señora tan anciana que podía pasar por su abuela, vivía con él. Este jóven era el *factotum* de la familia. El trabajaba para ganar el pan, salía á comprar las provisiones, preparaba la comida y ejecutaba todos los oficios de la casa.

Una vez, por curiosidad, me acerqué á la ventana de la pieza que daba al corredor común y escudriñé el interior. Sobre la ventana de la calle había varios jarrones con matas de flores; las dos camas tenían cortinas pobres, pero bien aseadas; en las paredes había cuadros; sobre una mesa algunos floreros con ramilletes que, según observé, se renovaban todos los días.

— Si hay alguno cuya amistad debe convenirme— me dije—es sin duda ese jóven. El, que es tan buen hijo, debe ser sin duda un buen amigo. Pero ¿cómo hacer para entrar en relaciones con él? Aunque contesta á mis saludos con política, lo hace, sin embargo, con tanta reserva, que bien me da á entender que su deseo es que permanezcamos extraños

el uno al otro. ¡Bien! Los servicios mutuos suelen conducir á la amistad.

Dicho y hecho. Un día le pedí una jarra de agua; otro día le pedí candela; otro fuí á informarme con él de la hora que era. El satisfizo todas mis exigencias con cordialidad; pero se mantuvo siempre en su misma reserva. Naturalmente su conducta me contarió, y yo había ya resuelto dejar á un lado mi proyecto, cuando una circunstancia extraordinaria me hizo volver á él.

Una noche que no podía conciliar el sueño, siento de repente en la pieza de mi vecino algo como un gemido ó más bien un grito, un lamento que se repitió varias veces. Al mismo tiempo oigo ruido de pasos y cierta agitación. Inquieto, me levanto con la intención de prestarles algún socorro, si es que lo necesitaban, pero el temor de parecer indiscreto me detiene.

— ¡Bueno! — me dije; — es necesario por lo menos que ellos comprendan que estoy despierto. Si me necesitan me llamarán.

Me visto, pues, hago ruido, abro la ventana, enciendo luz. Pero nada. Los gemidos continúan, mas los ruidos cesan y todo vuelve á su estado normal. Entonces cierro la ventana, apago la luz y me acuesto.

El día siguiente por la mañana encontré en el corredor á Francisco, que sin duda me estaba esperando. Cuando yo le saludé él me contestó:

— Tengo algo que decirle; yo le acompañaré hasta el taller y conversaremos por el camino.

El pobre jóven estaba agitado y pálido. Yo, sin decirle palabra, le estreché la mano.

— Yo debo en primer lugar darle las gracias— me dijo—por las atenciones que usted ha usado conmigo, ¡y á los que yo he correspondido tan mal! Pero si usted supiera...

Aquí guardó silencio por algunos instantes, y luego, sin transición, me preguntó:

— ¿Usted oyó gritos en mi pieza anoche?

— Sí—le dije;—pero no tema que eso me haya despertado, porque á esa hora todavía no había podido dormir.

— ¡Ah! Por Dios, no se queje por esto al dueño de la casa... me lanzarían de aquí como ha sucedido ya en otra parte. ¡Si usted supiera cuánto he hecho por curarla! Hoy pondré en práctica el mejor medio de calmarla: la música. Le prometo que esta noche estará tranquila.

— ¿De suerte que está loca?—le dije en voz baja.

Francisco se cubrió el rostro con ambas manos, y se retiró precipitadamente para que yo no fuera testigo de sus sollozos.

Sería el medio día cuando dos hombres se presentaron con un piano viejo. Francisco, al terminar el trabajo del día, se sentó al piano y con una maestría de que yo no le habría creído capaz, arrancó al venerable instrumento sonidos tan armoniosos como los que hubiera producido en sus mejores días. A las armonías del instrumento se unieron en breve los acentos tiernos de la voz que me hicieron remontar á los días de mi niñez. Por la ventana entreabierta yo vi á la anciana sentada en una poltrona, con los cabellos blancos destejidos y que caían como una cascada de nieve sobre su pecho; su fisonomía era venerable, pero la mirada no tenía lucidez ni expresión.

De repente sus ojos se animan: ella se levanta, se agita, mira hacia todas partes, y de sus labios entreabiertos se escapa una risotada convulsiva. Al mismo tiempo, como si un gran terror se hubiera apoderado de ella, corre hacia la otra pieza. Francisco la sigue, y cierra la puerta...

Yo no pude saber nada más, y en los días siguientes nuestras relaciones habían permanecido en el mismo estado.

Una tarde, estando en mi pieza, oigo ruido de pasos precipitados y casi al mismo instante entra Francisco y me dice:

— ¡Vecino! por caridad, corra pronto á casa del médico. Ella está sumamente mal, y no puedo separarme de su lado ni un instante.

Un cuarto de hora después el doctor entraba y prescribía las medicinas que creyó convenientes. Cuando salió iba muy preocupado y no respondió sino de una manera muy lacónica á las preguntas de Francisco. Yo me acerqué á éste y le dije:

— Puesto que usted no quiere que personas extrañas cuiden á su madre, permíame que permanezca al lado de ella; pero vivamos en común con el producto de mi trabajo diario. Más tarde arreglaremos cuentas. Entre camaradas no debe haber reparos.

Francisco no quiso aceptar.

— Yo tengo algo en la Caja de Ahorros. Con eso me iré remediando. Cuando no haya nada... veremos.

— Pero por lo menos—insistí—permítame que le reemplace al lado de ella durante algunas horas de la noche. Esto le permitirá á usted tomar algún reposo.

Francisco me estrechó las manos, y al mismo tiempo lágrimas abundantes corrían por sus mejillas.

— Si usted me conociera—dijo,—lejos de manifestar tanto interés por mí, huiría horrorizado.

Luego me condujo hasta la cama de la enferma y me la mostró.

— Mire—me dijo en voz baja,—ni un movimiento, ni una palabra. Imposible sacarla de ese letargo.

Entonces se inclinó sobre la cama, abrazó á la pobre enferma y murmuró palabras llenas de ternura.

— ¿No me oyes? — le decía; — ¿no quieres mirarme? ¿no conoces á tu Francisco de otro tiempo? ¡Ah, cuántos años que aguardo una caricia de tu mano... una palabra, una mirada...! Madre, ¿quieres matarme...? ¡Cómo quieres que yo no muera, si no puedo obtener una mirada tuya...!

Y sus ojos llenos de lágrimas se fijaban con ternura y desesperación sobre los de la enferma, que permanecía inmóvil é impasible como una estatua.

Volviéndose á mí me dijo entonces:

— Ya ve usted cómo se pasa mi vida. Yo me deshago en caricias y en lágrimas. Ella está ahí, viva en apariencia, pero no me conoce; ha perdido la memoria, la voluntad, el entendimiento. Esto es, como si estuviera muerta... ¿Y sabe usted quién ha matado á mi madre?

Al decir estas palabras me miró, y en sus miradas había algo parecido á la locura.

Entonces me contó en voz baja una historia amarga, lamentable, que desgraciadamente no es rara entre los jóvenes de nuestro tiempo, los que entregados á sus pasiones son el martirio, los verdugos de sus ancianos padres, por su indolencia, su dureza y el olvido de sus deberes.

II

Á LOS DIECISÉIS AÑOS

Dios me había dado la mejor de las madres. Imposible pintar sus cuidados, su solicitud. Ella escogió para mí la mejor escuela, y todos los días por la mañana me llevaba, y por la tarde me iba á buscar. Ella tomó todas las precauciones posibles para que yo fuera bueno y feliz. Agobiada de trabajos, afligida por esos disgustos domésticos que se han hecho tan frecuentes desde que los artesanos se han acostumbrado á malgastar en las tabernas el fruto de su trabajo; llena de angustias de todo género, ella concentró en mí toda la esperanza y toda la dicha de su vida. Si ella amaba la vida era por mí; si trabajaba era por proporcionarme algún bienestar; si oraba, si servía á Dios con fidelidad... hasta esto se habría dicho que lo hacía sobre todo por darme ejemplo y obtener de Dios gracias para mí.

¡He aquí la madre que Dios me dió! ¡Yo también la amaba tanto! ¡Cuántas veces, siendo yo pequeño, la defendí de las violencias de mi padre á fuerza de lágrimas y de lamentos! ¡Cuántas veces, privándome de frutas y dulces, reunía yo los centavos que me daban para esto y los aumentaba con el producto de mis industrias infantiles, á fin de completar una pequeña cantidad que yo sabía le hacía falta á mi madre! ¡Y cómo se regocijaba ella, y se llenaba de orgullo maternal, reconociendo en esas pequeñas atenciones mi cariño y mi buen corazón! Entonces, entre inefables caricias, yo le juraba que así como ella era todo para mí yo sería todo para ella, y que le devolvería pena por pena, sacrificio por sacrificio.

Mi padre murió; mi aprendizaje fué terminado. Había llegado el momento en que el bienestar y la paz debían penetrar en mi casa. Sí; era tiempo de que eso sucediera, porque... ¡habíamos sufrido tanto! Yo tenía entonces dieciséis años; pero mi cuerpo era ya de un hombre.

El amor de las madres en tales circunstancias de la vida se hace como más tierno y más ciego. La mía estaba loca de ternura, de bondad y de indulgencia para conmigo. Yo me dejaba adorar. Los cuidados y las atenciones excesivas de mi madre para conmigo fueron ocasión de que yo pensara demasiado en mi persona... Ella trabajaba día y noche para satisfacer todos mis gustos, todos mis caprichos, todas mis coqueterías, y se daba por muy satisfecha cuando me veía en público vestido con elegancia. Ya yo comencé á ser duro y exigente. A pesar del amor y de la bondad de mi madre, se me hacía fastidiosa mi casa. Las más ligeras indicaciones acerca de mis salidas ó de mis nuevas amistades me irritaba. Cuando soltaba el trabajo encontraba la comida preparada; pero tan luego como ésta había terminado, yo tomaba mi camino para ir á pasear, sin preguntar siquiera á mi madre si ella quería acompañarme, y volvía á la hora que me parecía.

Muchas veces me quedaba á comer fuera, sin avi-

sarlo. Ella me esperaba siempre y retardaba su hora de comer... ¡Ah! yo la hacía sufrir, y no lo percibía. Jamás se quejaba mi pobre madre; jamás me echaba en cara mis pocos miramientos, apenas si alguna vez que otra me dirigía estas sencillas palabras que ahora me persiguen como un remordimiento:

— ¡Qué tarde has venido!

¡Miserable de mí! yo no adivinaba las angustias que la causaba. Yo ganaba dinero, yo era útil á la casa; pero me aprovechaba de esto mismo para ser exigente, sobre todo en las comidas. Al menor accidente sobrevenido en la cocina doméstica, yo rechazaba con disgusto y mal humor el plato que me parecía mal sazonado; me levantaba de la mesa y me iba á comer á un restaurant. Cuando volvía al cabo de algunas horas, observaba que mi pobre madre había llorado; pero á pesar de todo me creía justificado por la gravedad del accidente. Mi apetito estúpido me hacía olvidar nuestra pobreza. Yo no pensaba en la pena que causaba á mi madre. Pero era tal y tan grande su amor, que una sola caricia, una palabra sola de mis labios bastaba para hacerla olvidar mi mal comportamiento, para hacer que la sonrisa volviera á sus labios.

(Se concluirá.)

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR

SEÑORES: Si para llegar al puesto altísimo á que me ha encumbrado vuestra benevolencia no se necesitase más que amor decidido y entusiasta á lo que es objeto principal de vuestras tareas y estudios, creo poder confesar sin vanidad que no habría desmerecido la honra de sentarme entre vosotros.

Aunque nacido bajo un cielo donde suenan como extraños y advenedizos los nobles acentos de la lengua castellana, impulso misterioso me inclinó desde los primeros años al cultivo de este idioma hermosísimo, gozándome en la lectura de los escritores que supieron emplear mejor sus galas y adornos, y contemplando con singular admiración los tesoros de sabiduría y de elocuencia que en ellos están encerrados. Más tarde, cuando la reflexión y la edad abrieron la puerta al estudio, y cuando trasladado al suelo de Castilla pude recrear el oído con la armonía majestuosa de nuestra habla, y verla, no ya muerta en los signos de la escritura, sino viva en los labios ostentando la pompa de sus atavíos en las calles y plazas, á la luz del sol, y con todo el señorío y libertad que le presta la humana inventiva, la afición, que hasta entonces había sido genial y espontánea, comenzó á ser advertida y deliberada, y las gracias que me habían parecido tan admirables aun estando recatadas y como encubiertas, al manifestarse claramente á los ojos fueron desenvolviendo tales riquezas, y de tal manera realzaron la gallardía, magnificencia y esplendor de esta lengua, que no pude menos de ver en ella el trasunto de las preseas más excelentes de que puede hacer alarde el humano ingenio, la heredera legítima de la clásica majestad, la maestra de toda urbanidad y cortesanía, el archivo de toda elegancia y gentileza. Y cuando arrebatado ya por el embeleso de tan singular hermosura, caí en la consideración de que esta lengua, tan bella y magnífica, era, no solamente el instrumento de que se ha servido nuestro pueblo para la declaración de sus ideas, sino también la obra más espléndida de su actividad, el conjunto y el resumen de todos los pensamientos y afectos que le han agitado en el curso de su historia, el símbolo, en fin, y la enseña de cuanto es genuinamente español, el entusiasmo salvó todos los límites, y juntándose el santo amor de la patria á los placeres del arte y de la belleza, me sentí atraído al estudio y al cultivo de esta lengua por los afectos más dulces y por el amor más vivo y entrañable del alma.

Por desgracia, esta afición á la lengua castellana, que pudiera ser principio de hechos

grandes y generosos, fué desaprovechada y estéril, y ya que pudo engendrar en mí puros y suaves deleites, hubo de entreverar también en estos mismos deleites tristes desalientos y amargos desengaños. Porque si prendado de las bellezas de lenguaje y estilo que veía en nuestros grandes escritores, intenté alguna vez seguir sus huellas y traspasar á mis ensayos las galas de su estilo y los primores del arte en que fueron tan excelentes, pronto me desengañé de que tal empresa no estaba guardada á mi ingenio, viendo ajarse entre mis rudas manos aquellas flores de hermosura, y pagando con la tristeza del desaliento la pena debida á mi temeridad y osadía.

Yo no sé si esta mi afición tan poco afortunada y el esfuerzo por emular el arte de nuestros buenos autores se echan de ver en los pocos escritos en que mi pluma se ha ejercitado. Si así fuese, y si esto hubiese atraído vuestras miradas hacia mi persona para levantarla del retiro en que mercedamente yacía, á la esfera de gloriosa luz en que vive esta Academia, nadie habrá ciertamente que deje de confesar que en este caso vuestra condescendencia ha pecado de excesiva, otorgando á los buenos deseos y á las nobles aspiraciones lo que sólo debiera concederse á obras excelentes y á méritos esclarecidos.

Acrescenta y sube de punto mi confusión la circunstancia de suceder en esta Academia á un varón insigne que, no con ensayos ó estudios de mero aficionado, sino con obras que vivirán perdurablemente en nuestra literatura, alcanzó este puesto de honor y no dejó de honrarlo y enaltecerlo mientras se sentó entre vosotros. Nunca le traté, ni aun le conocí siquiera de vista. Pero ¿quién que haya leído las obras de D. Antonio García Gutiérrez no ha admirado las dotes extraordinarias de su ingenio, la viveza de su fantasía, la fecundidad de su numen poético y, más aun, la hidalguía de sus sentimientos, la bondad de su corazón y la nobleza de su alma? En los primeros pasos que dió por la senda que había de conducirle á campos de tanta gloria, debió poco á la educación y al estudio, menos á la fortuna, casi todo á su riquísima naturaleza. Sintiendo en sí aliento para remontarse á las más elevadas alturas, por natural impulso tendió sus alas, y del primer vuelo se encumbró á las esferas más sublimes del idealismo poético, y en ellas perseveró hasta edad muy avanzada sin cansancio ni decaimiento, prueba evidente de que el ingenio del hombre no anda sujeto á las vicisitudes de las cosas de este mundo, sino que, trascendiendo las condiciones de la materia, conserva siempre la flor de su lozanía y la juventud eterna del alma. Fué sin duda gran poeta; su genio, henchido del sagrado entusiasmo que enajena al hijo favorecido de las Musas, respondía á todas las emociones del sentimiento que vibraban en torno suyo, sorprendía y expresaba con arte admirable los más vagos rumores y aspiraciones del alma, y, semejante al cielo de Andalucía, su patria, vivía eternamente bañado de luz, de colores y de armonías. Profundamente patriótico y popular, representó las dotes más características del ingenio español. La bizarría de su lenguaje, la brillantez de su fantasía, y la fuerza y espontaneidad de su numen poético nos recuerdan los tiempos más gloriosos de nuestra literatura; y en el espíritu que íntimamente penetra sus creaciones, vemos reflorar las cualidades que más enaltecieron á aquellos escritores ilustres que en la era más grande de la historia nacional fueron alto honor de la poesía dramática en España.

Al suceder en la Real Academia Española á varón tan famoso, cúmplame declarar que, si entrar en este santuario de las letras sería siempre honra insigne merecedora de suma gratitud, entrar en él para ocupar la plaza que dejó vacante el Sr. García Gutiérrez es honor tal, que no puede menos de halagar el corazón y llenarle de noble orgullo. Porque al derramarse por el ámbito de España la luz

de este nombre gloriosísimo, no hay duda que se esparce y asienta principalmente sobre la silla que él dejó vacía y sobre la persona que tiene que ocuparla, y la medalla que adornó su pecho, al colocarse sobre el mío, parece que viene á comunicarle alguna parte de la gloria que él le prestó con su contacto. Gracias, señores, por este honor; muchas gracias por el hermoso reflejo con que habéis querido iluminar la oscuridad de mi nombre.

Os he dicho que el del Sr. García Gutiérrez trae á la memoria los tiempos más ilustres de nuestra literatura. Solicitado por tales recuerdos, no extrañaréis que no acierte á distraer el pensamiento de aquellos tiempos venturosos, y menos os causará admiración que habiendo de hablar en presencia de la Academia, que tiene á su cargo la empresa de velar por la pureza de la lengua española, elija por asunto de lo que voy á decir el estado ó punto de perfección á que lograron levantarla los autores que tan vivamente trae á nuestra memoria el Académico difunto.

Aquella fué, en verdad, la época más brillante de nuestra habla; aquel el período de nuestra historia intelectual, que es á la vez nuestro ejemplo y nuestra gloria. En él tienen puestos los ojos cuantos desean conocer la riqueza de tan bello idioma y penetrar la grandeza, variedad y hermosura de que es capaz cuando es tratado por plumas hábiles y por ingenios sobresalientes. Allí tiene también la Academia la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos. Antes de aquella época memorable, que corre por los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII, el habla castellana aparece enérgica, sí, y nerviosa, pero áspera y desadornada, como la que nacida entre el fragor de los combates conserva todavía algo de la herrumbre, que se le pegó del rigor de aquellos tiempos durísimos. Así prevalecen en ella ciertas consonantes de pronunciación desabrida; la frase se mueve premiosa y desigual, la cláusula sin número; el estilo sin claridad y precisión. Los escritores carecen de espontaneidad y fisonomía propia; escriben sin vida y sin elocuencia, sin arte ni naturalidad. La poesía está falta de color; la prosa, de soltura y armonía. Pero llega aquel período grandioso, y todo cambia y se transforma. La luz, el calor, la vida, como á la salida de nuevo sol, penetran por todas partes; las tintas bronceas y desentonadas se van poco á poco suavizando; desvanécense los sonidos rudos y despacibles; el enlace de las cláusulas es más espontáneo y natural; el período, más numeroso y suave. Con esto, cada autor adquiere carácter y fisonomía propia, de suerte que ya no es posible confundir los estilos; hay más gracia y galanura en los modos de decir; las dicciones son más expresivas é idiomáticas, más vivaces y espléndidas; la prosa es más bella y cadenciosa, la poesía más florida y pintoresca. Y del conjunto de todas estas excelencias actuadas y vivificadas por el genio nacional, resulta aquella lengua admirable, en quien cumplidamente están reunidas cuantas perfecciones pueden satisfacer la inteligencia, no menos que la sensibilidad y la fantasía; lengua que con sus acentos, ya blandos y apacibles, ya graves y majestuosos, regala maravillosamente el oído, y absorbiendo todas las potencias del alma, parece que la va desatando de lo material y sensible, y levantándola y explayándola por la región inmaculada del espíritu; lengua, en fin, incomparable por su magnificencia y sublimidad, hecha para interpretar las aspiraciones más nobles del hombre, para declarar á los mortales los misterios y las grandezas de la Divinidad, y en cuyos sonidos parecen vibrar destellos de las armonías del cielo.

Esta fué la lengua que hablaron Avila y Granada, Mariana y Ribadeneira, Lope de Vega y Cervantes, Tirso de Molina y Calderón de la Barca.

Pero ¿de dónde le vino tan singular majestad y hermosura? ¿Por qué caminos llegó

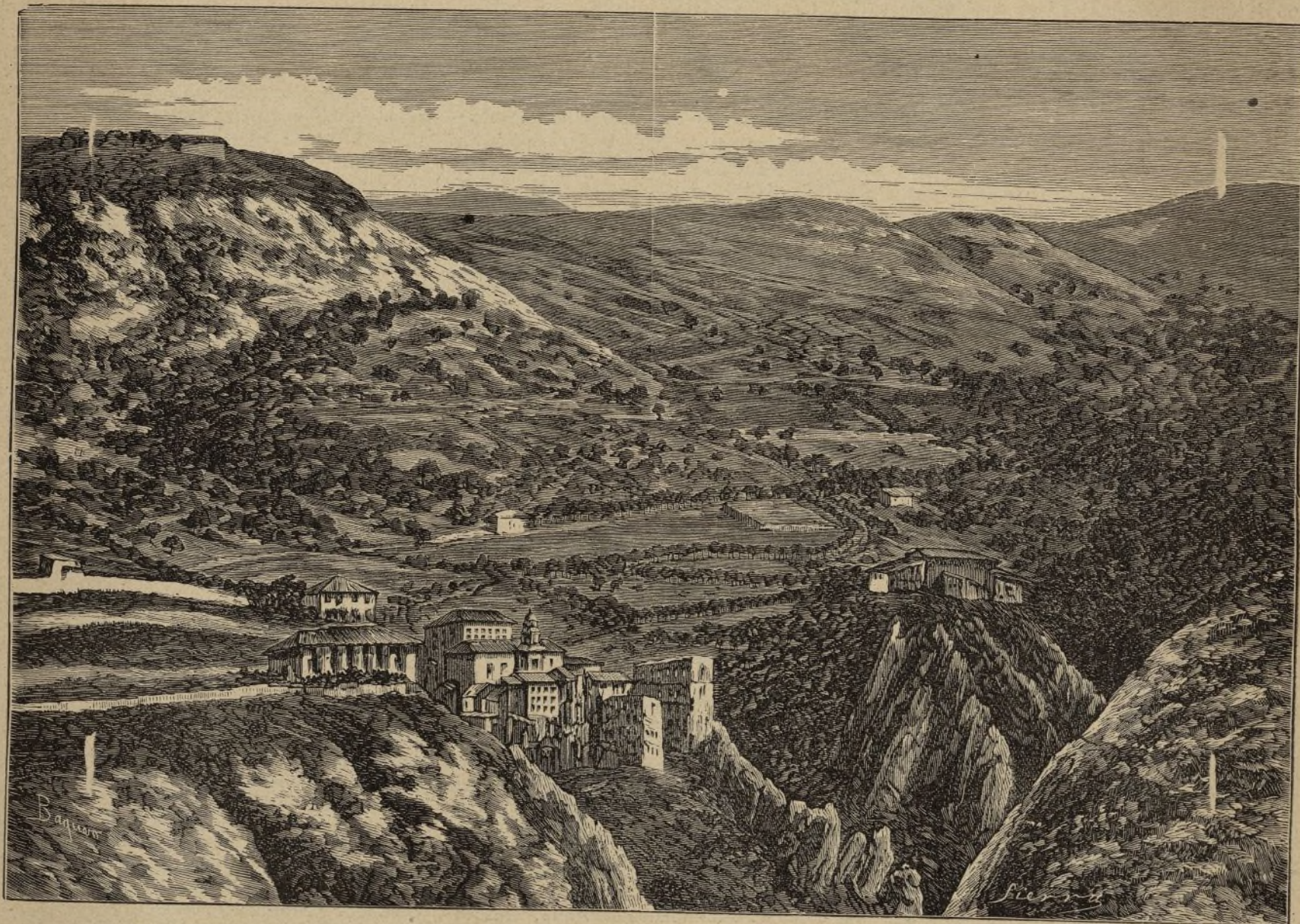
á alteza tan sublime? ¿Cuál fué la chispa eléctrica que conmovió tan íntimamente el genio español que le dispuso y habilitó para creación tan maravillosa? ¿Dónde, en fin, está el secreto de la belleza extremada del estilo de aquellos libros cuya lectura jamás nos cansa, y que son juntamente nuestro deleite y nuestra desesperación?

Sin duda alguna, más de una vez, señores Académicos, os habréis hecho estas preguntas. Acostumbrados á estudiar las vicisitudes y particularidades de nuestra habla, habréis

parado la atención en este fenómeno, el más bello que ha ofrecido en la historia de su desenvolvimiento. Yo desearía detenerme por unos instantes en este fenómeno y contestar á aquellas preguntas. Sé que nada nuevo tengo que deciros; pero me daría por satisfecho si lograra adivinar las ideas que en este instante bullen en vuestras inteligencias, y decir en alta voz lo que calladamente estáis diciendo en lo oculto del pensamiento. Y como el asunto es tan conforme con vuestros gustos é inclinaciones, aun me atrevo á esperar que lo

que diga ha de ser recibido por vosotros con agrado y benevolencia, á la manera que solemos oír con deleite al que nos habla de todo aquello que ha fijado nuestros pensamientos y los afectos de nuestro corazón, siquiera nos cuente cosas y perfecciones y merecimientos que estamos hartos de saber, y aunque los refiera en estilo tosco y desaliñado.

—
Brotó la palabra en nuestros labios cuando la acción ó influencia de las ideas que impre-



VISTA GENERAL DEL VALLE DE ARANZAZU.

sionan nuestra alma se ha levantado á tal grado de intensidad, que, no pudiendo contenerse en los límites en que fueron engendradas, salen á lo exterior para comunicarse á los demás y derramar por defuera la luz en que están envueltas y el calor en que están encendidas. Al realizarse esta revelación admirable, no hay en nosotros facultad que no contribuya á dar á la forma de nuestro pensamiento su expresión más adecuada y perfecta. El entendimiento la ilumina con los rayos de la verdad de que él mismo está penetrado; la imaginación la esclarece y colorea con los más hermosos tintes y matices; la memoria la enriquece con sus recuerdos; los afectos que nos conmueven y los vicios ó las virtudes que nos abaten ó enaltecen, todas las potencias, en fin, que afectan nuestra alma, se enlazan en armonioso conjunto para realzar la palabra humana con los adornos y joyas más resplandecientes. En las demás artes ó facultades revélase parte de nuestra actividad. En la palabra se manifiesta todo el sér y naturaleza del hombre, su inteligencia, la energía de su voluntad, la educación de sus costumbres, el ambiente físico y moral en que se ha criado, lo que ha sido,

lo que es, lo que puede ser. Según sea el estado de exaltación ó abatimiento en que se hallen las facultades de nuestra alma, así será la forma expresiva de nuestros pensamientos. De aquí la diferencia en el tono de la expresión, la variedad en la energía de la frase, y la diversidad de formas que reviste el lenguaje en cada uno de los hombres. Cada cual, en verdad, tiene su estilo, como cada cual tiene su voz, su fisonomía y su carácter. Y como las naciones no son más que muchedumbres de individuos unidos por lazos comunes de ideas, sentimientos y tradiciones, á cada modificación de estas fuerzas ó elementos corresponde una modificación en la lengua, tan clara y manifiesta, que en la variedad de sus formas y sonidos, y en la naturaleza del estilo y en sus frases y modos de decir puede conocerse el estado de las ideas, pasiones y caracteres de los que la hablan, y á través de los acentos del conversar común y en el vasto murmullo de sus sonidos puede sentirse alentar el espíritu de una nación y palpar el corazón de un pueblo.

No hay duda que la esencia de estas fuerzas psicológicas que, obrando en lo más profundo y escondido del alma, aparecen en la

vida exterior del lenguaje, se oculta al humano entendimiento, así como se oculta la íntima acción de las fuerzas físicas que, obrando en los elementos de la materia, son la causa última de los grandiosos fenómenos que la naturaleza ofrece á nuestra vista; mas también es verdad que no faltan hechos ó causas generales por donde podemos rastrear en alguna manera la razón de los fenómenos que presenta el lenguaje, ya lo consideremos en los hombres singulares, ya en el pueblo ó nación que lo habla.

(Se continuará.)

LIMOSNA

Hemos recibido para el Asilo 50 pesetas de la testamentaria de D. Fr. J. L. L., de Mondoñedo, cuya cantidad nos remite uno de sus testamentarios, nuestro constante suscriptor el Sr. D. A. J. R. Dios se lo pague.

Madrid.—Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.